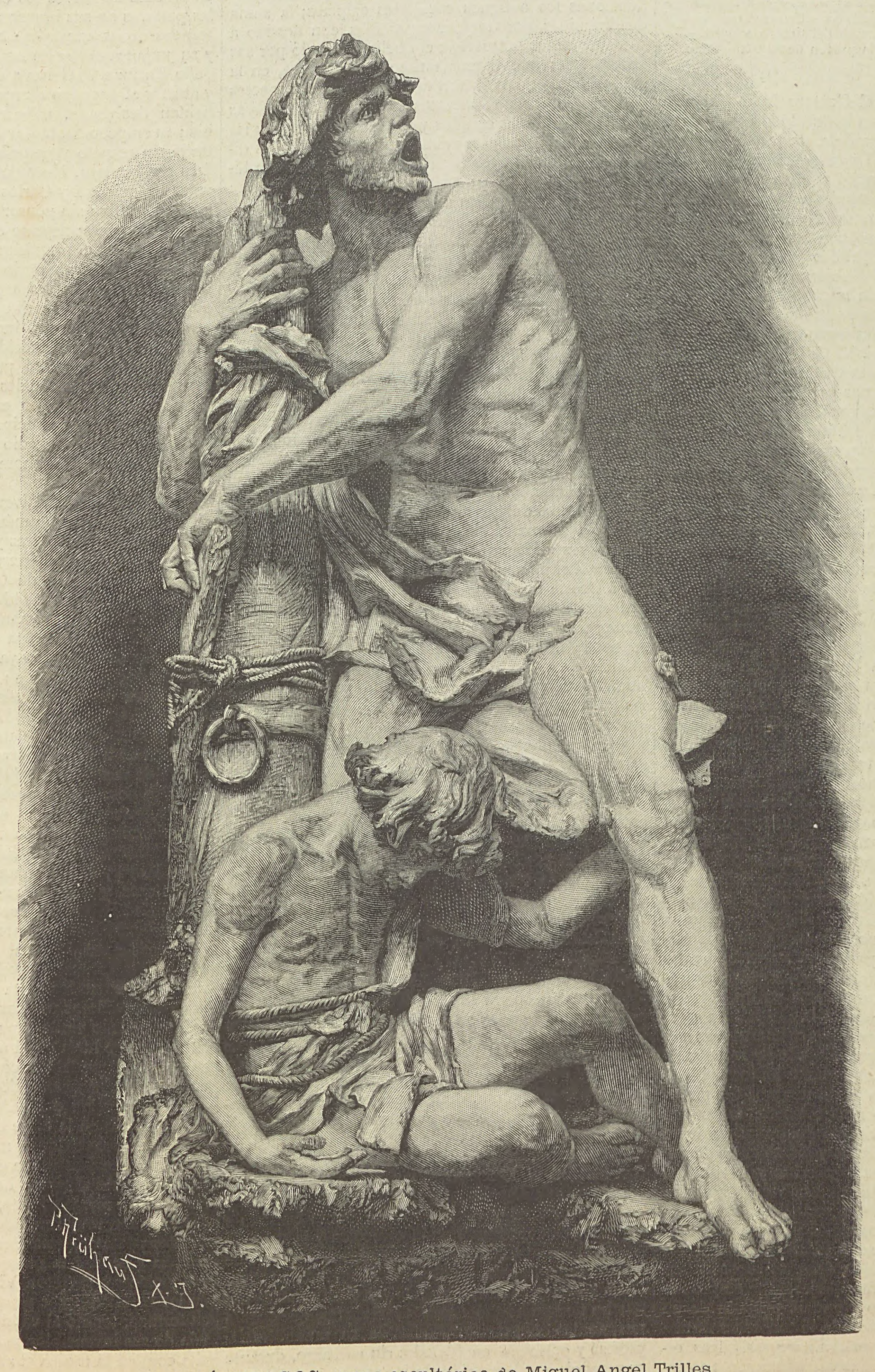
La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 14 de noviembre de 1892 — Núm. 568

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LOS NÁUFRAGOS, grupo escultórico de Miguel Angel Trilles

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El Centenario de Colón. – Inopia de fiestas. – Responsabilidad patente de la opinión en tal deficiencia. – Bromas de la prensa. – Las dos Exposiciones. – La Exposición artística y la Exposición histórica. – Indudables revelaciones arqueológicas. – Paseos por el Madrid histórico. – Causas á que Madrid ha debido su fortuna. – Recuerdos del tiempo antiguo. – La cautividad de Francisco I y la prisión de Antonio Pérez. – Conclusión.

Hemos debido festejar el Centenario de Colón, y agradecerles á cuantos lo han festejado el tributo traído á una fiesta, no sólo española, de todo el planeta y de toda la humanidad. La invención de América ensanchó el mundo y ensanchó el alma. Se dilataron, merced á ella, los cielos y también los espíritus. La Tierra se completó con el nuevo hemisferio antípoda y la esfera celeste se iluminó con las nuevas constelaciones australes. Ningún jubileo merece mayor júbilo. Y sin embargo, ni el Gobierno de nuestra España ni el Ayuntamiento de nuestro Madrid han estado al nivel de los deberes contraídos con el sentimiento universal, ni del ministerio que les había designado la humana gratitud. El Gobierno ha querido celebrar á un tiempo la fiesta en Cádiz y en Sevilla y en Granada y en Huelva, por lo cual realmente no la ha celebrado en parte ninguna. Yo comprendo que fecha como la partida se celebrara en la Rábida por agosto de este año, y la primavera del año próximo se celebrara fiesta como el regreso de Colón y su encuentro con los Reyes Católicos en Barcelona. Y fuera de tales dos fechas, que realmente conciernen á los dos predichos sitios, las demás, como fiestas nacionales, han debido celebrarse con grande pompa en la capital de nuestra nación. Así el sentimiento público ha conmemorado la fiesta con religiosidad, y la expresión de tal sentimiento no ha correspondido á su íntima naturaleza. Sobre todo, el Ayuntamiento de Madrid ha estado infelicísimo. No puede darse una inopia tan manifiesta de ideas y de recursos. Nada se les ha ocurrido á nuestros regidores, y si algo se les ha ocurrido no han acertado á realizar cosa ninguna con formalidad. Bien es cierto que la opinión ha también descarrilado hasta caer en la sima donde se ha perdido y frustrado todo el Centenario. Pidiéronse fiestas al Ayuntamiento; y cuando éste presentó un programa con la indispensable coletilla de gastos, dijo la opinión que no quería gastar; y cuando á la merma de dispendios correspondió la merma de festejos, riéronse del mismo Ayuntamiento á quien ataran de manos y de pies. No pueden referirse las gracias dichas por los periódicos sobre la feliz ocurrencia de llamar á todo el mundo á los festejos, y una vez aquí todo el mundo, no festejarlo con cosa ninguna. Hoy, decían unos, podéis pasearos á vuestro sabor en el Prado, y espareiros, añadían otros, comentando los silenciosos días de fiestas en los placeres domésticos. Por fortuna tenemos la Exposición artística y la Exposición histórica que nos compensan con creces de la inopia municipal. Floja la Exposición de cuadros; no puede, no, decirse cuánto ha maravillado la Exposición histórica. En parte ninguna del planeta podéis, como en este museo único, tocar con vuestras manos lo que al tiempo del descubrimiento eran las regiones descubridoras y las regiones descubiertas. Yo discurro por estas galerías, y devotísimo de los cachivaches y de las trastos viejos, aprendo aquí un curso de arqueología verdadera. Estas piedras consagradas por tantos siglos parecen carbones apagados provenientes de soles ya extinguidos. Estos objetos, que han pertenecido á grandes seres históricos, guardan un magnetismo despertador de profundas emociones y son como las varas mágicas de un quiromanta invisible que tiene la virtud eficaz de una verdadera evocación. Las galerías arqueológicas españolas son de una riqueza que verdaderamente asombra y de una perfección en los objetos y ejemplares que prueba cómo nuestra ciencia y nuestra inspiración, las humanidades de un lado y de otro lado la increíble arquitectura, llegaron á nivel no conocido por ningún otro pueblo. Mas viendo la Exposición precolombina con sus ejemplares varios y sus innumerables fotografías, veis los fundamentos de aquellos edificios, que parecen penetrar por su profundidad allende la primer corteza del globo; las moles, como verdaderos montes en magnitud, por legiones de audaces encelados sobrepuestas en sus asedios al Olimpo; la copia de innúmeros bajos relieves abiertos sobre la piedra por buriles, en fuerza casi análogos con los que trazaran el remate de las cordilleras por lo alto y redondearán el cimborrio de las esféricas cumbres; el batallón de colosos destinados á sobrellevar las cornisas de una pesadumbre incalculable; las especies de monstruos, esculpidas como zoologías litúrgicas en los lugares hieráticos; aquellos estucos de líneas arabescas muy granadinos y de grotescos muy próximos á los clásicos encontrados por el Renacimiento moderno; la estatua tendida sobre amplia losa y que lleva puesto en su rostro un tan intenso recogimiento y absorción en ideas sobrenaturales como las que pueden mostrar en sus respectivas producciones los antiguos escultores egipcios; la suma de pirámides, por doquier esparcidas, con destino á sostener sacros santuarios; el obelisco tallado por sus cuatro fases que creeríais titanesca mazorca, en la cual ¡ah! los granos fuesen caras de diversos aspectos y expresiones; las gigantescas tortugas y las culebras aladas y los barros cocidos y los vasos lustrosos y las pinturas históricas y las calzadas inacabables y los diques y los acueductos reveladores de una ciencia hidráulica perfectísima; todo lo que nos demuestra cuánta razón tenían los antiguos historiadores hispanos de América cuando nos retrataban aquellos palacios en guisa de verdaderas ciudades, donde había patios como mesetas, intercolumnios como alamedas, terrados como plazas, unas salas revestidas de oro macizo y otras cuajadas de esmeraldas, cuarteles capaces no sólo de alojar ejércitos, hasta pueblos; adoratorios con los espacios indispensables para contener los infinitos ídolos de tantas religiones como nacían y se acababan en aquellas épocas de teúrgica feracidad y de diarios milagros bajo tan grandes imperios, á un tiempo teocráticos y militares, cuyas victorias encerraban las tribus y naciones, como gentes domésticas suyas, en los complicados recintos de sus alcázares inmensos. Mas en la Exposición americana lo que principalmente os cautiva es el aspecto arqueológico. Así os despiertan sus ricos y numerosos ejemplares la misma emoción que los monumentos y los simulacros asiáticos ó egipcios. El hombre no se reconoce á sí mismo en todas las civilizaciones anteriores á Grecia por lo mucho que predomina en ellas el universo material y la inferior animalidad. En la estatua griega, de todo aislada y á todo sobrepuesta, se reconoce la humanidad á sí misma. Y por eso el clasicismo estará entre las religiones perpetuas del humano linaje. Así es que tras un largo paseo por las galerías precolombinas os entran tentaciones de aproximaros á vosotros mismos recorriendo el mundo histórico español. Pero este mundo se halla mejor que en parte ninguna en el viejo Madrid histórico. Demos por él un paseo.

Madrid tuvo cierta supremacía en el siglo XV, con anterioridad á la declaración de corte y capital; supremacía debida, según el sentir de muchos, no solamente á su posición céntrica, sino también á su límpido cielo y á sus clarísimas aguas. Cuando adolecían de contagios los toledanos, enviaban en hileras inacabables de carros-vasijas á los ricos manantiales madrileños; y no residía en Segovia, en Valladolid, en Burgos, en Medina príncipe alguno enfermo á quien los médicos dejaran de expedir á estos alegres sotos para prosperar sus convalecencias. Todavía la ermita de San Isidro en los montecillos occidentales de la comarca recuerda un voto de la emperatriz Isabel, cumplido por la salud que hallara Felipe II, de niño, en aquellas copiosas fuentes, cuyos caudales corren por la pradera, donde se reune todos los quinces de mayo anualmente nuestro pueblo á holgar y divertirse. No hay más que abrir los cuadernos de Cortes y ver cuántas en Madrid se han celebrado, con especialidad al avecinarse la completa unidad y la definitiva organización de nuestra monarquía, para comprender todo el valor por este punto central de la península conseguido en la dirección y jefatura de las ciudades castellanas, antes de alzarse á cabeza de todo nuestro Estado. El cardenal Cisneros, consumadísimo estadista, nació al pie de Guadarrama; por mucho tiempo habitó Alcalá de Henares, que guarda testimonios del granito y piedra de su munificencia; profesó y episcopó en Toledo: sin embargo, durante su regencia y gobernación de los reinos castellanos á comienzos de la centuria décimasexta, escogió por sede preferente de su autoridad Madrid; y todavía podéis ver por la plaza del Cordón los balcones antiguos desde los cuales amenazaba con su artillería y con sus mosquetes á los nobles, emperrados en asaltar de nuevo el poder monárquico repuesto sobre la ruina de sus privilegios y en retroceder con ciego reaccionario empuje al roto y destrozado feudalismo. Así no debe maravillarnos que prefiriera Carlos V Madrid á todas las poblaciones castellanas para la residencia de su forzoso huésped Francisco I, y que desde Madrid preparara y dispusiera, cuando el prisionero se puso en cobro y continuó molestándolo, aquel desafío, antes de la creación del Quijote quijotesco, al cual querían librar los dos campeones, como en el siglo XIII hicieran los reyes de Francia y Aragón, en campo cerrado y á sol partido, sus mutuas cruentísimas querellas. Achaques propios del último crepúsculo de la feudalidad estos desafíos, tan al uso entonces, que, reunidos en conferencias amistosas el mismo Francisco I y Enrique VIII, aquél mudó á éste de camisa con sus manos, como si fuera su propio señor; y luego el así festejado se declaró prisionero del festejante y no aliado, tras lo cual cambiaron en mutuos donativos los collares de sus gargantas y las pulseras de sus brazos, llegando á justar juntos en torneos donde mostró su habilidad el rey de Francia y su pujanza el rey de Inglaterra, pues llevó su empeño Enrique VIII hasta de un fuerte golpe derribar y aturdir al enemigo de aparato y mentirijillas que le habían designado, mientras Francisco I llevó también su empeño hasta dar la zancadilla y derribar por tierra sin respeto y consideración de ningún género á su regio colega. No mucho, pues, que se retaran de veras Francisco I y Carlos V, cuando éste había soltado su cautivo sin pensar en que nunca perdonaría el recuerdo de semejante adversa temporada y siempre acariciaría el propósito natural de un ruidoso desquite del triste cautiverio en el alcázar madrileño, donde divertía sus ocios con las lecturas que le procuraba la reina Margarita y con la contemplación del alto Guadarrama y del inope Manzanares. No sé recorrer aquel viejo Madrid histórico, de cuya importancia nunca se podrá prescindir, sin tropezar con recuerdos, entre los cuales descuella el cautiverio de Francisco I, sufrido, no en la torre de los Lujanes, frente al palacio municipal, en el alcázar madrileño devorado por un incendio más tarde y sito en el espacio mismo en que ahora campea la colosal habitación de los reyes.

Pero no creo el cautiverio de Francisco I un hecho histórico tan dramático é interesante como la prisión de Antonio Pérez y de la princesa de Eboli, por todo extremo célebres, y registrada, no ya en las historias particulares de Castilla y Aragón y Francia y Roma ó Italia, en las historias universales, por trascendente á toda la humanidad y á toda la tierra tan capital tragedia, sucedida en el cenit de nuestro Imperio. Ha desaparecido ya el callejón que alumbraba un farolillo puesto en el ábside antiguo de Nuestra Señora de la Almudena, donde Antonio Pérez asesinó al embajador de D. Juan de Austria, Escobedo, por miedo á que delatase los amores suyos con la princesa de Eboli al enamoradizo Felipe II; y no hay medio de resucitar la trágica escena, como la resucitábamos nosotros de mozos y estudiantes por los nocturnos paseos artísticos é históricos á que convidaba, más entonces que ahora todavía, el viejo Madrid. Pero discurriendo aún hoy bajo los portales de la plaza Mayor; de allí bajando á Puerta Cerrada para ver su cruz, y desde Puerta Cerrada yéndose por la iglesia de San Justo y por la plaza del Cordón y por las monjas del Salvamento al sitio que llaman plaza de Armas entre la Real Armería y el Real Palacio, aún podéis ver todos aquellos actores del teatro de la vida, tales como los pinta la historia del siglo XVI en sus conmovedoras páginas. La princesa de Eboli se había quedado viuda muy joven del gran personaje cuyo nombre lucía en el mundo; y al verse abandonada de los mudables cortesanos y solitaria en sus casi regios alcázares, atribuyó su desgracia con desvaríos á enemiga del ministro Mateo Vázquez, viejo rival y émulo en la corte de su propio marido, y juró granjearse por cualquier medio el valimiento de un poderoso que á su vez le granjease á ella la venganza. Malas lenguas aseguran haber cogido en sus amorosas redes al rey; pero éste, si no casto, cauto, escondió su amor, muy recatado tras desobligaciones y disfavores públicos, encaminados á divertir la pública malicia y ocultar la general murmuración de sus goces y placeres secretos. Viéndose la Eboli detenida en los meditadísimos planes por el exceso mismo de su fortuna, tendió al valido del rey Antonio Pérez la tela de sus invencibles seducciones, y lo aprisionó en ella como á la mosca el arte y la industria de sus enemigas las arañas. Antonio Pérez era hombre de mu-

Facsímile del primer folio de la información que D. Diego, nieto de Cristóbal Colón, hizo abrir para recibir el hábito de Santiago, documento existente en el Museo Histórico-Nacional de Madrid. (Véase el artículo *Exposición histórica de Madrid.*)

chas letras, pero también de no pocos vicios. Su palco en los teatros aparecía el más vistoso por las colgaduras y tapices; su carroza en los paseos la de mayor lujo; su quinta en los campos el mayor vivero de fiestas; sus salidas por las calles el más entretenido espectáculo; trascendían los adobos y perfumes de su cuerpo al aire todo como si fuera trozo de alcanfor ó caña de canela ó pomo de almizcle; y al volverse por las noches á su retiro campestre le acompañaba tal número de pajes con tantas hachas encendidas, que las gentes se reían de sus regresos y los designaban con el burlesco nombre de viáticos. Cuando más enfrascados estaban Antonio Pérez y la princesa Eboli en sus mutuos amores, convergentes á la perdición de Mateo Vázquez, llegó Escobedo con la embajada de D. Juan para su hermano Felipe II, y se apercibe al proyecto de procurarle, ganando el ánimo de éste, un trono indispensable á las aficiones atavistas del bastardo de Carlos V. Imaginaos cuál sería la cólera del susceptible y caviloso Felipe contra Escobedo, á quien mandara como espía junto al bastardo y se le había vuelto valido del espiado. Pues tal cólera nutrieron la princesa y el ministro por motivos bien opuestos á los motivos que la determinaban en el rey. Visitó mucho Escobedo el palacio de la Eboli por culto á la memoria del príncipe su marido y por agradecimiento á los innumerables favores que á éste debió toda la vida. ¡Cuál sería la extrañeza del buen Escobedo, quien se figuraba encontrar la mansión de su llorado amigo envuelta en duelos y lutos, al encontrar, por lo contrario, allí la fiesta continua, la orgía nocturna, los juegos de perdición, las cenas de hartazgo y embriaguez, las ventas de oficios y destinos públicos, las conjuras maquiavélicas contra Mateo Vázquez y el príncipe muerto reemplazado por un calavera como Antonio Pérez metido en perpetuo adulterio. Indignado resolvió Escobedo delatarlos al rey como adúlteros escandalosos; y en cuanto resolvió él esto, resolvieron los amenazados mover el rey á que lo matase como conspirador en detrimento de su corona y á favor de una desmembración del Estado en pro del ambicioso y gloriosísimo bastardo.

Bajo tales obsesiones mandó Felipe II el asesinato de su fiel servidor Escobedo. Apelóse primero al envenenamiento. Una tisana, por sierva del propio Escobedo apercibida y dada, trájole al infeliz vómitos de muerte y ansias de agonía. Presa la esclava envenenadora, quien había cumplido superiores órdenes, á las cuales no podía hurtar el cuerpo, fué ahorcada en la plaza de Madrid públicamente, sin que Felipe se moviera bajo arranque ninguno de misericordia, ni salvase aquel dócil instrumento de su venganza. Hubo que apelar á otro medio. Posaba el enviado de don Juan tras el camarín, como hemos dicho, de la Virgen de la Almudena. Cuantos viéramos antaño el estrecho callejón, hoy destruído, que conducía del frente de los Consejos á la posada de Antonio Pérez, alcanzamos con facilidad lo silencioso y obscuro de la noche, lo mustio de las lámparas, lo sombrío y solitario del recodo, lo alto y espeso de las paredes, lo misterioso de templos y palacios á tales horas cerrados, el asesinato de un valeroso y descuidado caballero. Allí un esbirro de Felipe II, con una consigna dada por Antonio Pérez, asesinó al emisario de don Juan á traición y por la espalda. Pero se armó tal escándalo á consecuencia del crimen, que supo Felipe como su propia real mano había sido instrumento de castigo al revelador de los desacatos cometidos en su desdoro y desobediencia y mengua por Antonio Pérez y su impura manceba.

Corría la noche del 28 de julio de 1579, la por el tirano asignada en el misterio y en el silencio de sus adentros al castigo de los dos traidores, la princesa y el ministro. Este había visto en dicho día á su señor, y le había dejado varios papeles relativos á Italia, no sin hablarle al paso de sus asuntos propios, los cuales cada vez le traían más apenado y corrido. No pudo en la cara fría é impasible del monarca observar novedad ninguna. Pasó todo el día y toda la tarde sin que sucediese cosa de notarse, cuando á las diez de la noche recibió una carta de Felipe, devolviéndole sus papeles varios y anunciándole que resolvería bien pronto sus negocios personales. Con efecto, quien una hora más tarde, á las once casi en punto, pasara por la plaza del Cordón, viera gran golpe de alguaciles, que llamaban con estruendo á la puerta del palacio en que residía de antiguo el influyente ministro, y abierta sin vacilación á nombre del rey, notara cómo pasaba el alcalde mayor de Corte y requería en el salón principal de la casa, donde aún estaba Pérez levantado, para que la dejara inmediatamente y le siguiera sin observación alguna en calidad de preso. Turbóse mucho el valido al ver la justicia, como pudiera turbarse tímido delincuente. Quiso ponerse un traje de mezcla bizarrísimo, y no lo consintió el alcalde, conjurándole á que vistiese modestamente. Quiso llevar la espada propia de los caballeros en aquel tiempo, y le desarmaron. Sirvióle de prisión la casa del alcalde. Y mientras esto sucedía en el palacio ministerial, ó bien poco después de haber sucedido, encaminábanse dos tapadas con manto y rebozo á la plaza del Cordón. En el aire de la una veíase, á poco

mirar, la dama resuelta y majestuosa; en el aire de la otra veíase, á poco mirar, la dueña quintañona y espeada. Paráronse ambas como dos sombras á la puerta requerida por su notoria impaciencia, guardando las distancias propias de la cortesía y del respeto y nunca olvidadas ni en los mayores trances de aquellas acompasadas vidas. En los movimientos, en los andares de ambas, en el avanzar y retroceder inciertamente, veíase que algo deseaban interrogar y algo temían saber. En efecto, á tal hora llegaron los contertulios de Antonio Pérez, últimos contertulios en verdad; y topando de manos á boca en tan grande trance con gentes perturbadas y llorosas en el triste hogar, supieron con dolor cuanto sucedía. Y al volverse despavoridos y asombrados dieron con las dos mujeres, las cuales no eran sombras, sino la princesa y su dueña, industriadas del caso é impacientes por saber su tristísima verdad. Ya la sabían, y nada les quedaba por hacer allí. Pero ¡cuál no fuera su asombro entrando, ignorantes de lo que á ellas se refería, y viéndose requeridas también para una prisión bastante más dura que la prisión de Antonio Pérez! Condujeron al valido á un palacio de importancia como el palacio de todo un alcalde; le trataron como á un huésped á quien sus ocupaciones múltiples no permiten salir de casa; pero á la princesa tratáronla como á un reo de Estado, no sin que se indignase y pasara del llanto á la risa y de las burlas á las amenazas, con la mezcla de rápidos afectos, propios del nervioso natural de su sexo. Pero la bajaron del palacio, sin dejarla vestirse y acondicionarse á su gusto, y la condujeron con rapidez á un torreón de Pinto más fácil de confundir con sepultura gigante que con vivienda cómoda. En la prisión murió esta infeliz, en el destierro Antonio Pérez; pero sus dos desgracias trajeron, así la ruina total de las libertades aragonesas, como el recrudecimiento de las dificultades múltiples entre Francia y España. ¿Creéis poco interesantes estos paseos por las calles históricas de nuestro viejo Madrid?.. Pero vagando y discurriendo á mi albedrío por Madrid, se acaban el tiempo y el papel. Pongamos punto aquí. Hasta otro día.

Madrid, 4 de noviembre de 1892

EXPOSICIÓN HISTÓRICA DE MADRID

LAS SALAS DE COLÓN

Empezamos con este artículo la descripción rápida, sumaria y ligerísima del gran certamen abierto en Madrid el día 30 del pasado mes de octubre para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América. Es uno de los pocos proyectos concebidos en la corte y realizados en el plazo que para su ejecución se impusiera, y en rigor constituye uno de los actos más importantes, que dejarán mejor recuerdo y mayores enseñanzas de cuantos se idearon para solemnizar una fiesta que no podía encerrarse en los desprestigiados términos de la percalina, los cohetes, las cabalgatas y las mojigangas.

Idea excelente fué la original de este proyecto, convertida á la realidad por el real decreto de fecha 9 de enero de 1891. Tratábase de exponer al mundo cuáles eran las civilizaciones española y americana en los tiempos inmediatamente anteriores y contemporáneos al descubrimiento de las Indias Occidentales, para naturalmente deducir de tal muestra la influencia ejercida por acto tan trascendental en la vida de ambos pueblos. Y al efecto se citó al concurso á todas las Repúblicas americanas y á todos los Estados europeos: se invocó el celo de los poseedores de colecciones históricas, y con una actividad hasta entonces nunca desplegada, se ordenó la terminación del palacio destinado á Museos y Bibliotecas que el Gobierno venía construyendo en el Paseo de Recoletos hacía la friolera de veintiséis años.

Malhadada historia la de este palacio, rematado por los yesos de Querol en espera de sus mármoles. La reina doña Isabel II ponía su primera piedra el día 21 de abril de 1866, y desde esta fecha hasta terminar el año 1884 sólo se había construído la verja de hierro que rodea su perímetro y la planta baja sentada sobre los cimientos. Interrumpíase la obra á cada paso por falta de fondos: alguna vez se pensó en dar nuevo destino al edificio alojando en sus salas al ministerio de Fomento, y finalmente se adjudicaron sus trabajos en 1887 consignando en los presupuestos nacionales diez millones de pesetas para que de una vez se terminara lo que en lugar de palacio era ya desdoro del aristocrático paseo de Recoletos.

Y la obra por fin ha concluído, faltando sólo ciertos detalles secundarios, pero permitiendo instalar en los vastos salones de sus tres pisos las tres secciones en que se ha dividido la Exposición, es decir, la militar en la planta baja, la americana en el entresuelo y la europea en el principal.

Consagraremos nuestro trabajo á la sección americana, que si no es la más importante por su valor intrínseco y artístico, en cambio es incomparablemente superior á las demás por su mérito histórico, por su adecuada significación en las actuales solemnidades y porque viene á ser la revelación genuina y verdadera de los pueblos americanos en los días de su descubrimiento y su conquista. Que de aquellas razas que lucharon contra nuestros primeros expedicionarios, de aquellas tribus que no pudieron ponerse en contacto con nosotros sin destruirse y perecer, de aquellas gentes adoradoras de otros cielos y otros dioses, pocos recuerdos quedarían en la tierra el día que desaparecieran los objetos que aquí se encierran, que son su historia, su vida, su fe, sus obras y sus productos, el vidente testimonio de existencias que de otra suerte pudieran muy bien ser desconocidas ó negadas.

Quería el plan oficial que en el salón central del espacioso entresuelo se hiciera la instalación primera y más importante de la serie histórico-americana, es decir, de los objetos que pertenecieron á Colón y á sus compañeros, de sus cartas, sus mapas, sus instrumentos, los recuerdos que se conservan de las aventuradas expediciones del primer almirante.

Y aunque se tomaron las disposiciones necesarias para realizar tal propósito, después se ha pensado de mejor ó peor manera, y ni se han reunido todos los recuerdos de Colón, ni se ha destinado á sus cartas y retratos la sala de honor que le concedía el primer proyecto. Más aun: momentos ha habido en que se ha visto amenazada su instalación para satisfacer bien inferiores exigencias, y finalmente se le ha destinado dos míseras salas obscuras, dando á patios cubiertos, separadas del resto de la Exposición y tan aisladas que pueden fácilmente pasar inadvertidas para el visitante que ignore su existencia.

Este error no es imputable á los que han tomado á su cargo la instalación de las dos salas cuando era ya imposible sustituirlas por otras más adecuadas. Con gran esfuerzo, desprovistos de todo presupuesto de ornato y multiplicándose para bien cumplir su cometido, allí han ido reuniendo las cartas del almirante, de sus compañeros, de los primeros conquistadores y de los más conspicuos misioneros que en los albores del descubrimiento visitaron las ignoradas regiones transatlánticas. Y si á pesar de todo el mezquino continente resulta tan inferior el contenido, no ha de ser ello razón para que nosotros sigamos el mal ejemplo y dejemos de tratar en primer término de las *Salas de Colón*.

Algunas vitrinas centrales, otras apoyadas en los muros que en su parte superior decoran tapices del real palacio, dos pedestales con cuadros giratorios, un emblema de las columnas de Hércules sosteniendo los retratos de los jefes de Estado americanos y cierta profusión de plantas y flores tropicales forman el conjunto de las dos salas, que se encuentran en el ala izquierda del edificio entrando por la calle de Serrano, al lado de las instalaciones de los Estados Unidos y al lado también de sitios mal olientes que hubiera convenido tener más reservados. Allí se han reunido los mejores documentos de la época colombina que poseen los Archivos de Indias de Sevilla, de Simancas, General Central de Alcalá de Henares é Histórico-Nacional de Madrid, las Bibliotecas Nacional de Madrid y Provincial de Toledo, y algunos particulares, como los de los Sres. Sancho Rayón y Herreros de Tejada.

Muchos serán los visitantes que pasen ante las rojas vitrinas llenas con amarillentos papeles de ininteligible escritura: no pocos no acertarán á comprender por qué se exhiben mal pergeñados renglones y garabatos, sin considerar que en ellos palpita aún el alma de los que los trazaron, que ante tan endebles hojas pusieron las manos y los ojos y vertieron sus ideas, sus propósitos, su espíritu entero aquellos esclarecidos varones de la antigua España, que empezando por Colón y acabando por Fr. Juan de Mansilla dieron nueva tierra al globo y nuevo mundo á nuestra patria.

Enumerar los documentos allí expuestos sería obra muy larga. Todos son importantes: todos se ofrecen ahora por vez primera á la contemplación pública: pocos han merecido los honores de la publicidad en los tomos de nuestros cronistas ó en las colecciones de nuestros cartularios. Y sin embargo, todos, absolutamente todos debieran hallarse reimpresos una y cien veces, para de este modo evitar por lo menos el mal irreparable de su pérdida y para que contribuyeran al perfecto conocimiento de la gran epopeya colombina. Que no se ha escrito aún la historia del descubrimiento de América, ni se escribirá jamás si tales testimonios vivos y fehacientes de aquel suceso siguen olvidados en los cajones de nuestros archivos nacionales.

Allí brilla Colón en primer término. Allí está su carta autógrafa, fechada en Granada el día 6 de febrero de 1502 y dirigida á los Reyes Católicos, haciendo profundas observaciones sobre el arte de navegar y la desviación de la aguja magnética; allí se ve otra carta suya, sin fecha, acerca de la población de la Española y de las otras islas descubiertas y por descubrir; allí se admira la Instrucción que en 9 de abril de 1494 dió el almirante á Mosén Pedro de Margarit para ir de la Isabela á descubrir la Tierra-firme; allí se encuentra el testimonio de la Información hecha á bordo de la carabela *Niña* el 12 de junio de 1494 de cómo el Almirante y los que con él iban creyeron haber descubierto la tierra del continente americano; allí hay la relación del oro y joyas que recibió Colón después que el receptor Sebastián de Olano partió de la isla Española para Castilla en 10 de Marzo de 1495; allí también los privilegios concedidos al descubridor por los Reyes Católicos, desde las famosas capitulaciones de Santa Fe de 30 de abril de 1492 hasta sus confirmaciones de 1493 en Barcelona y de 1497 en Burgos.

Dejemos al almirante para ocuparnos de su familia y de sus compañeros. Del almirante D. Diego, su hijo, hay una carta del año 1520, dirigida al cardenal de Tortosa, participándole su llegada á Puerto Rico y Santo Domingo, y otra fechada en Sanlúcar el 5 de noviembre de 1523 y dirigida al rey, dándole cuenta de su regreso en cumplimiento del real despacho en que se le mandaba venir á España. Por cierto que en esta carta D. Diego da al emperador la noticia de «que dejó á su mujer en vísperas de parir,» debiendo, en efecto, nacerle al poco tiempo un hijo, llamado también D. Diego, que á los once años de edad hizo abrir una Información para recibir el hábito de Santiago.

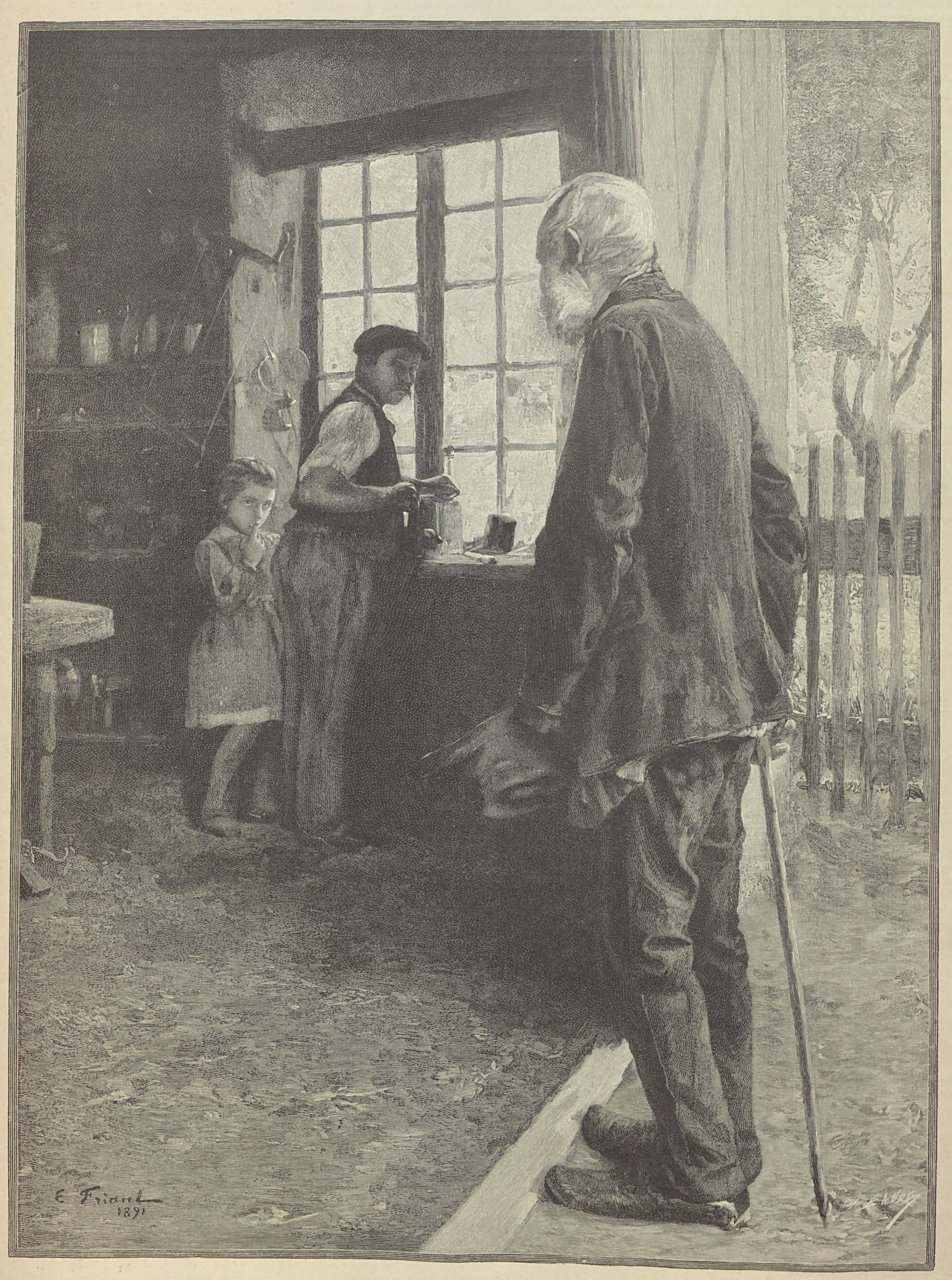
Y véase cómo este detalle es invocado en los momentos actuales como argumento de gran fuerza para probar el punto tan debatido de la *patria* de Cristóbal Colón. La Información de referencia, que se conservaba en el Archivo de Uclés y pasó luego al Histórico-Nacional de Madrid, ha sido también expuesta en esta sala y merece ser reproducida: empieza con la declaración de Diego Méndez, cuyo facsímil del primer folio del original puede ver el lector en la página 739, y dice textualmente como sigue:

«✝ En Madrid á ocho de março de MDXXXV años.

»Diego méndez vezino de la çibdad de santo domingo ques la ysla española, estante aun presente en esta corte testigo, presentado para la dicha ynformacion, aviendo jurado en forma de derecho, é syendo preguntado por el tenor del ynterrogatorio dixo y depuso lo syguiente:

»A la primera pregunta, dixo que conosçe al dicho don diego de colon, é que es natural de la dicha çibdad de santo domingo; é que sabe que es hijo legítimo de don diego colon su padre ya difunto viRey é almirante é governador que fué de las yndias del mar oceano y de doña maria de toledo su muger viReyna de las dichas yndias; á los cuales este dicho testigo conosçió é conosçe de treynta años á esta parte poco más ó menos: é quel dicho viRey hera natural de la çibdad de lisboa, ques en el Reyno de Portogal, é que la dicha viReyna es natural de la villa de alva. Fué preguntado si conosçió ó conosçe al padre é la madre del dicho viRey don diego colón, padre del dicho don diego colon, que pide el ábito, y al padre y á la madre de la dicha viReyna doña maria de toledo su muger: dixo que sí los conosçió é que son ya fallesçidos, é que el padre del dicho viRey *se llamaba don christoval colon, ginovés, é que hera natural de la Sacna ques una villa çerca de genova,* é que la madre del dicho viRey muger del dicho don christoval se llamava doña felipa monyz perestrelo, é que era natural de la dicha cibdad de lisboa: é que el padre de la dicha viReyna doña maria de toledo se llamava don hernando de toledo, hermano del duque de alva, é que la madre de la dicha viReyna muger del dicho don hernando de toledo se llamada doña maria de Rojas hija de sancho de Rojas y hermana de diego de Rojas señor de Cavra é monçon y poza, é que heran naturales destos Reynos.»

Volvamos á la reseña de los documentos expuestos en las vitrinas de estas salas. De doña María de Toledo, madre del almirante D. Luis Colón, hay la Real Cédula por la cual en 2 de junio de 1537 se le concedió permiso para sacar los restos de D. Cristóbal Colón y de su hijo D. Diego, depositados en el monasterio de las Cuevas, extramuros de Sevilla, y trasladarlos á la capilla mayor de la catedral de Santo Domingo. Vese también la Cédula de 1539 que crea el ducado de Veragua á favor de D. Luis Colón, con cesión de 25 leguas de territorio y ejercicio de la ju-



EL MENDIGO, cuadro de E. Friant

risdicción civil y criminal. Y finalmente allí están las famosas piezas de los autos empezados en 1515 y no concluídos en 1564, que promovieran doña María de Toledo y D. Luis Colón contra los reyes de España para recabar la conservación y aumento de los privilegios y favores que los Reyes Católicos habían concedido al primer almirante.

Acerca de los Pinzón hay muy pocos documentos. Dos memoriales, sin fecha, de Juan de Vitoria hacen constar que desciende de los dos hermanos que acompañaron al primer almirante, y pide mercedes para la familia. Del año 1537 se ve una pieza de autos fiscales, seguidos con Martín García de Salazar, vecino de Burgos, sobre continuación de las gracias concedidas á Vicente Yáñez Pinzón, poblador de Puerto Rico, quien las había renunciado á favor de dicho García, y en ellos hay las firmas de Yáñez Pinzón y de Américo Vespucio. También hay un expediente de Ginés Pinzón, nieto de Martín Alonso, sobre concesión de licencia para saca de esclavos.

De Américo Vespucio hay una carta fechada en Sevilla el día 9 de diciembre de 1508, relativa al envío de mercancías á las islas Antillas.

Del contador Gil González Dávila hay tres relaciones sobre la población de la isla Española y cosas que en ella ocurrían al comienzo de la conquista. Y que ya en los albores de ésta se iniciaron los abusos de los gobernantes, queda probado al ver las cartas de Bernal Díaz del Castillo al emperador D. Carlos explicándole detalladamente la conducta de sus delegados en aquellas lejanas regiones.

Abundan en extremo las cartas de religiosos, frailes, misioneros y obispos. Allí se ven dos originales de fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, hablando de los asuntos de su diócesis y otros generales de Indias. Casi todas las cartas de religiosos tratan los mismos asuntos, es decir, denuncias de los abusos del poder civil, petición de gracias y privilegios, fundaciones de conventos y misiones. Sus firmas son respetables, pues figuran entre ellas las de fray Martín de Valencia, fray Jacobo de Tastera, fray Juan de la Puerta, fray Lorenzo de Bienvenida, fray Toribio Motolinia, fray Domingo de Santa María, fray Pedro de Gante, fray Angel de Valencia, fray Nicolás de Witte, fray Francisco de Bustamante, fray Andrés de Moguer, fray Domingo de Santa María, fray Andrés de Olmos, fray Francisco de Toral, fray Agustín de la Coruña, fray Juan de Mansilla, fray Miguel Navarro y otros cien varones que fueron los portaestandartes del Evangelio en la tierra americana.

A esta importantísima sección de autógrafos y manuscritos acompaña una pequeña instalación de libros hecha por la Biblioteca Nacional, en la cual figuran obras de mérito y rareza relativas á las lenguas, doctrina, gobierno é historia de las Indias Occidentales.

Y, ya para acabar esta larga y árida enumeración de objetos, diré que una señora norteamericana, empleada en el Museo Peadoby de Cambridge, estado de Massachusetts, ha expuesto un inmenso cuadro donde con singular paciencia ha podido reconstruir el antiguo calendario azteca, según datos encontrados en una biblioteca de Florencia.

Estas son las salas de honor, las primeras de la Exposición madrileña por su importancia, según antes he dicho y ahora puede ya juzgar el lector: las últimas por su situación, su pobreza y su abandono.

EDUARDO TODA

SAN ISIDORO, estatua de D. José Alcoverro, existente en el Palacio destinado á Biblioteca y Museos, de Madrid

SECCIÓN AMERICANA

EL COLEADOR

I

Uno de los documentos más curiosos y característicos de nuestra legislación colonial (si así puede llamarse el conjunto de bandos, decretos, circulares y disposiciones con que los capitanes generales sustituían en esta colonia las leyes de la nación) es sin duda el Reglamento de galleras.

Dícese que fué hecho por una asamblea convocada y presidida por el general D. Miguel de la Torre, y compuesta de galleros veteranos, coleadores peritos, jugadores de los más famosos y apasionados y otras notabilidades gallísticas del país.

Es, por lo tanto, una obra eminentemente práctica, en la que se hallan previstos todos los accidentes de las riñas de gallos, y todas las triquiñuelas y astucias de un coleador bellaco, de un rematista venal y marrullero, ó de un mal intencionado jugador.

Verdad es que el idioma nacional aparece horriblemente *trasquilado* en esta obra de galleros legisladores, y en más de un capítulo queda *tuerta* la justicia y *erizado* (1) y maltrecho el sentido común; pero en cambio resalta en ella el espíritu que informaba hasta hace poco nuestra legislación local, y viene á ser un verdadero catecismo para despertar la afición al juego, para aprender el *caló* ó lenguaje técnico de la gallera y para adquirir los demás conocimientos indispensables á todo buen jugador.

Algunos fragmentos ó artículos copiados literalmente, con su ortografía y sintaxis especial, y seguidos de breves comentarios, darán una idea de la riqueza de detalles y del carácter *docente* de dicha obra, así como de la justicia colonial que se ha usado durante largo tiempo en Puerto Rico.

En el artículo primero se declara *útil* y *provechoso* el juego de gallos, por cuanto contribuye al aumento de la Real Hacienda.

En el capítulo 2.º, artículo 6.º, se califica además dicho juego de *honesta recreación*.

Siguen luego minuciosos detalles acerca de la capacidad, condiciones higiénicas, forma arquitectónica y distribución interior de las galleras, y á continuación el artículo 9.º dice así:

«Como es indispensable que durante las horas de diversión penetre el sol en el circo, en grave daño á los gallos combatientes, será de la imprescindible obligación del arrendatario poner sin ser necesario que se le pida unas cortinas de lienzo tupido, que *impidan la* INTRODUCCIÓN DE AQUEL ASTRO de soleras abajo, y de éstas arriba mantener cerradas las compuertas ó compuerta si por ellas entrare el sol ó lluvia, pues éstas deberán permanecer levantadas, etc.»

En este párrafo, notable como casi todos por su disparatada redacción, se muestra, sin embargo, bien claramente la tendencia obscurantista que predominaba en aquel tiempo, y de la que han quedado aún

(1) En el lenguaje de las galleras, se dice que está *erizado* el gallo que huye á las primeras acometidas del enemigo.

en el presente algunos resabios bastante difíciles de vencer.

Los esfuerzos que hoy mismo se hacen para impedir que la luz de la ciencia penetre libre y pura en nuestro *circo* social, sin que llegue poco á poco y filtrada á través del opaco manteo de un discípulo de Loyola, no parecen sino remedos coloniales del precepto que prohibe terminantemente *la introducción de aquel astro* mondo y lirondo, *de soleras abajo*, en el círculo galleril.

Sigue en el artículo 10 la descripción exacta y minuciosa de los incidentes, altercados, dichos y hechos á que dan lugar las riñas de gallos, y en el artículo 11 se dictan las medidas necesarias para impedir que los hombres (que en aquel lugar parecen más bien grandes gallos sin pluma y cacareando, como el de Morón) se acometan y dañen unos á otros, cediendo á los efectos perniciosos del contagio:

«Para evitar semejantes tropiezos (dice) se establece la pena de ocho días de cárcel *á los pobres* ó la multa de cuatro pesos *á los pudientes* que tengan la osadía de usar de algún género de violencia ó de ira, *aunque sea contra un gallo* de su propiedad.»

Nadie puede matar allí ni siquiera su propio gallo. Si el contraventor de este mandato es rico, todo se arreglará con el pago de algunas monedas; pero si por desgracia es pobre, nadie le librará de ir á la cárcel. La pobreza es en este y en otros muchos casos circunstancia agravante de delito, según el régimen colonial.

«ART. 12. – Con el propio designio de consultar á la mejor policía de la gallera, se ordena y manda que luego é inmediatamente que desde el pescante de la balanza quede concertada una riña, deba desalojarse absolutamente el círculo, de suerte que al sacar los gallos del saco, solamente deben existir dentro de él (¿del saco?) los dos sujetos que los conduzcan y hayan entendido en la operación, sin que por ningún motivo subsista una persona extraña dentro de la valla.»

Después de este divertido trozo de literatura gallística-oficial, sigue el artículo 13, que resume y sintetiza todo un sistema de injusticias, preocupaciones y privilegios sociales, sancionado por la ignorancia y la arbitrariedad del gobierno.

Dice así:

«Para que en este lugar resplandezca la urbanidad y subornación que debe *versar* entre unas y otras clases y sirva de fundamento al hermoso edificio del orden social, se dispone, y lo hará observar *inviolablemente* el arrendatario, que los asientos de preferencia sean ocupados *únicamente* por *los que lo merezcan*, y los demás *antes por las personas blancas que por las de color*, á fin de que no continúe el *abuso* de estar aquéllos en pie y molestos y éstos perfectamente sentados; y en igualdad de circunstancias *antes por los apostadores* que por los que ningún interés *atraviesan* en las riñas, y durante éstas á nadie se le podrá desalojar del sitio que haya tomado, á pretexto de claridad.»

No es fácil pintar mejor en tan breves y desatinadas palabras la justicia y la moral *sui géneris* á que solían ajustarse las disposiciones y prácticas gubernativas del antiguo régimen. Los asientos de preferencia del circo de gallos deben reservarse *inviolablemente* para quien los merezca.

Por supuesto que tales distinciones no deben graduarse por la edad ni por la inteligencia. En este punto existe verdadera igualdad ante los gallos, y lo mismo puede merecer asiento de distinción un docto que un imbécil.

Otros son los signos por los cuales manda el Reglamento que se aprecie la dignidad de los concurrentes á la gallera; y así como los gallos se gradúan por su peso, por el tamaño de la espuela y hasta por los matices de su pluma, así también se aprecian los jugadores por el número y calidad de sus gallos, por el alcance de su fortuna y por el color de su tez.

En igualdad de circunstancias y de colores, el Reglamento inclina la balanza de la dignidad en favor de los más viciosos, ó sea de los que apuesten más y tengan por los gallos mayor pasión.

Me parece que esto no puede ser más *gallero* ni tampoco más colonial.

En el capítulo III se trata larga y detalladamente de los diversos modos que hay de convenir las apuestas, y de los diferentes fraudes, ardides y amaños que suelen poner en juego los tramposos, con perjuicio de los jugadores de buena fe.

Quince largos artículos contiene esta sola parte del Reglamento, y en ellos no se sabe qué admirar más entre el fecundo ingenio y maravillosa inventiva de los jugadores pícaros para imaginar tretas y artimañas y la suspicaz y extraordinaria previsión de los gallísticos legisladores.

Sirva de muestra uno solo de dichos artículos, ya que la índole y extensión de este trabajo no me permiten reproducir siquiera los más importantes:

«Para cortar fundamentalmente (dice) el *horrible fraude*, que de algunos años á esta parte ha introducido la malicia, de *convertir los gallos en pollos*, recortándoles las espuelas, ó denominar *pollos* los *gallos viejos* al favor de la cortedad natural de sus espuelas, de que se siguen dos inconvenientes intolerables, cuales son engañar los astutos á los incautos y el entorpecer la diversión por el deseo que *aplican* los maestros de esta artería de que salgan las espuelas exactísimamente iguales, de que resulta que de diez pares de pollos que se presentan iguales en la balanza apenas se juega uno, *se prohibe absolutamente cantar ningún gallo ó pollo al saco* con la segunda parte ó circunstancia de confrontar espuelas, y al contrario se previene y manda que todos los que resulten iguales en la balanza, hayan de jugarse precisamente, pues ya se sabe que antes de llegar á este extremo queda concertada la *posta* ó cantidad con que han de reñirse, á fin de evitar por este medio aquella *horrible traición* á la buena fe, de que se valen los que pretenden hacer una lucrativa y dolosa negociación de la *honesta diversión de los gallos*, que reclama la más juiciosa franqueza é inalterable sinceridad.»

Como se ve, ya algunos años antes del 1825, en que se promulgó este famoso Reglamento (aún vigente), se cometía la *horrible traición* de convertir los gallos viejos en pollos, recortándoles las espuelas ó abusando de la cortedad natural de estos miembros; bien así como algunos solterones machuchos ó viejos verdes quieren pasar por *pollos* en el círculo ó la gallera social, á favor de recortaduras análogas y de otros engaños fraudulentos, que tienen con los de la otra gallera una singular analogía.

Trata el capítulo IV acerca de las riñas *en sí* y de la teoría y práctica de los careos, y allí es de ver las condiciones y aptitudes que se necesitan para ser *coleador*, las rayas horizontales que se deben hacer en el circo al empezar una *pelea*, cómo se sueltan y se *colean* los gallos y cuándo y cómo es que deben hacerse los careos.

Porque según el precepto legal, no basta que dos gallos, después de haberse sacado los ojos y destrozado el cráneo mutuamente, desistan de su encarnizado combate obligados por el cansancio y el dolor. Cuando llega este caso, el Reglamento manda que cada *coleador* coja su gallo, le estire convenientemente los dedos, las alas y el pescuezo, le chupe y limpie las heridas, y le refresque y humedezca cierta parte del cuerpo, á fin de que ambos adalides recobren momentáneamente la fuerza que les falta para acabarse de matar; todo esto ejecutado con la necesaria precipitación «para no dar lugar, dice, á que los gallos se enfríen y se desmayen, si han recibido alguna puñalada de gravedad.»



D. ALFONSO EL SABIO, estatua de D. José Alcoverro, existente en el Palacio destinado á Biblioteca y Museos, de Madrid



UNA VARA ROTA, cuadro de D. Arturo Michelena



NAPOLEÓN EN EL SAQUEO DE LAS TULLERÍAS, 10 de agosto de 1792, cuadro de M. Realier Dumas

Si no quieren ó no pueden matarse por completo, hay que obligarles (la ley lo manda) á que consumen el sacrificio, por todos los medios y recursos de que dispone el arte de *colear*.

MANUEL FERNÁNDEZ JUNCOS

(Continuará)

MISCELANEA

Bellas Artes. – En Roma se ha constituído un comité para erigir un monumento al gran compositor de música religiosa, el maestro Palestrina.

– El Museo Wallraf-Richartz, de Colonia, se ha enriquecido recientemente con una porción de notables adquisiciones: figura en primer término entre ellas un paisaje pintado en 1666 por Claudio Lorrain para el condestable Colonna, que hasta ahora había pertenecido á un inglés y que representa á Eros impidiendo que Psyque se arroje al mar. Merecen también especial mención un hermoso retrato de un anciano, de W. van Mieris, el cuadro de Grutzner *En la biblioteca secreta*, y una acuarela de Fraser, reproducción de un paisaje de Irlanda.

– En Basilea se proyecta convertir en museo la antigua iglesia gótica de los carmelitas descalzos. En la nave principal se instalarán las secciones de arquitectura y escultura y la armería; en las naves laterales, las antigüedades que son propiedad del Estado, de la ciudad y de los gremios, las colecciones artístico-industriales y de historia de la civilización y los restos de la Danza macabra existente en la ciudad. El coste total de las obras que habrán de ejecutarse para esa transformación se calcula en 460.000 pesetas, de las que 300.000 las facilitará el Estado y las restantes se obtendrán de donativos particulares.

– El pintor alemán Ricardo Friese, cuya especialidad es la pintura de animales, y que por invitación del emperador acompañó á éste á las cacerías de Romint, ha regresado de su expedición con interesantes apuntes en su cartera.

– Hasta los primeros días de octubre el importe de las entradas despachadas para visitar la sexta Exposición internacional de Bellas Artes de Munich ascendía á 143.750 pesetas y el de las obras vendidas á 781.250.

– El maestro Mascagni está trabajando en dos nuevas óperas que se titularán *Vestilia* y *Zanetto* y tiene en proyecto una gran ópera, *Nerón*.

– El gobierno italiano ha adquirido recientemente para la Galería Nacional de Arte moderna, de Roma, tres bocetos y cuatro estudios de Barabino, varios cuadros de Delleani, Rossano y Fontanesi y dos grupos en bronce de Cifarriello y de Rutelli, adquisiciones que han costado 33.000 pesetas. Además ha encargado al grabador Lorenzo un grabado que reproduzca *La carga de carabineros en Pastrengo*, de De Albertis, trabajo por el cual paga 10.500 pesetas.

– En la exposición Schulte, de Berlín, está expuesto actualmente el hermoso cuadro de Pradilla que valió á su autor la gran medalla de oro en la Exposición internacional recientemente celebrada en la capital de Alemania: la prensa berlinesa prodiga á ese lienzo del ilustre pintor español los más calurosos elogios, y afirma que es la mejor obra de cuantas figuran en el Salón Schulte, á pesar de haber allí cuadros de los mejores pintores alemanes.

– El famoso pianista Leonardo Emilio Bach ha compuesto una ópera titulada *Ismengarda* que probablemente se estrenará durante la próxima temporada en el Covent-Garden, de Londres.

Teatros. – En el teatro Wallner, de Berlín, se ha estrenado una comedia de Guillermo Schumann, titulada *El papá suegro*, que fué muy aplaudida por la gracia del argumento y el movimiento é interés de las escenas en que se desarrolla.

– En el teatro de la Corte ducal, de Brunswick, ha sido acogido con aplauso el drama histórico-romántico *Príncipe y ciudadano*, de Ricardo Weyland, que mereció ser recomendado en 1881 por los reputados escritores H. Laube y P. Heyse para el premio Schiller que se había de adjudicar entonces en Mannheim.

– En el teatro Carlos, de Viena, se ha estrenado con muy buen éxito una opereta de Carlos Weinberger titulada *Herederos alegres*.

– Con motivo de las fiestas conmemorativas del cuarto centenario del descubrimiento de América púsose en escena en el teatro Real de la Comedia, de Berlín, el día 12 de octubre un grandioso drama de Carlos Werder, titulado *Colón*, que se representó por primera y única vez en la citada capital el año 1842, y que ha sido ahora representado con extraordinario lujo. Con igual motivo se ejecutaron en el teatro de la Corte, de Dresde, la tragedia de Carlos Kosting *Cristóbal Colón ó el Nuevo Mundo*, y en el teatro de la Ciudad, de Hamburgo, el drama *Colón*, de Emilio Wolff.

– La ópera de Mascagni *El amigo Fritz* ha obtenido excelente éxito en el teatro Nuevo de Leipzig, donde recientemente se ha estrenado.

– La aplaudida tiple alemana Teresa Vogl, á la que se considera como la que mejor ha sabido personificar las heroínas de las óperas de Wagner, se ha retirado definitivamente de la escena, en la que tantas ovaciones ha obtenido en los 26 años de su carrera artística: para su despedida, que se verificó no hace muchas noches en el teatro de la Corte, de Munich, escogió el papel de Isolda en la preciosa ópera del citado maestro.

– En el teatro de la Corte, de Hamburgo, se ha estrenado con extraordinario éxito la tragedia *Maese Manole*, de Carmen Silva, la reina de Rumanía.

– En el teatro de la Corte, de Viena, ha comenzado la serie de representaciones clásicas con *Los bandidos*, de Schiller, obra á la que seguirán las demás del gran dramaturgo alemán y las de Göethe, Lessing y Grillparzer.

París. – En el teatro de la Porte-Saint-Martin, se ha estrenado un drama en cinco actos y nueve cuadros, de los señores Mary y Grisier, titulado *Le maitre d' armes*, cuyo argumento, sin ser muy nuevo, es sumamente interesante y abunda en escenas conmovedoras y de gran efecto que han asegurado un gran éxito á la obra. En el teatro Cluny lo ha obtenido también la comedia-vaudeville *La tournée d' Ernestin*, no tanto por el argumento, que el autor, M. León Gandillot, ha querido expresamente que fuese inverosímil, como por las innumerables situaciones en extremo cómicas y los chistes que de continuo hacen estallar al público en francas carcajadas.

Se han estrenado, además, con buen éxito: en la Renaissance, una graciosa opereta de Clairville y Beissier, con alegre é inspirada música de Varney, titulada *Le brillant Achile;* en Menus Plaisir, una opereta de Lecoq y Bertal, música de Hervé, *Bachanale;* en el Teatro Nuevo, *Rabelais*, pieza de gran espectáculo de Metenier y Laforest, con coros y bailes; en el Gimnasio, una comedia de Pedro Wolff, *Celles qu'on respecte;* en Variedades, *Premier París*, revista cómica de Alberto Millaud y de Clairville; y en el Ambigú, un drama histórico de Dornay, *Les cadets de la reina*, puesto en escena con extraordinario lujo y gran aparato.

Londres. – En el Olympic ha comenzado la temporada de ópera poniéndose en escena *Eugeny Onegin*, obra del famoso maestro ruso Tschaikowsky: el éxito que obtuvo esta ópera, tan celebrada y popular en Rusia, en donde se estrenó hace quince años, ha sido sólo mediano, pues el público de la capital inglesa ha encontrado la música anticuada y desprovista del carácter que los grandes maestros modernos dan á sus producciones. En Covent-Garden se han reproducido *Cavalleria rusticana* y *Faust*, esta última con la escena de la noche de Valpurgis que apenas se representa hoy en día.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en la Princesa un interesante drama francés de Duvantin y Dumas, primorosamente arreglado á la escena castellana por el ilustrado periodista madrileño y reputado crítico D. Pedro Bofill, titulado *Luisa Paranquet*, y en Martín una pieza en un acto de los señores Mínguez y Bernet, *El álbum*, dialogada con facilidad y gracia. En Larra se ha reproducido el juguete en un acto que con tanto éxito se estrenó en la temporada anterior en la Comedia, *A caza de novios*, original de D. Eusebio Sierra. En el Real ha constituído un verdadero acontecimiento el estreno en aquel coliseo de la ópera del maestro Bretón, *Garín:* la ovación tributada al autor y los incondicionales elogios de la prensa madrileña corren parejas con la ovación que mereció de nuestro público y con las entusiásticas alabanzas que los periódicos barceloneses prodigaron á Bretón y á su última obra cuando ésta se estrenó, durante la última primavera, en nuestro Gran Teatro del Liceo. La señora Tetrazzini *(Vitilda)*, la Srta. Giudicci *(Aldo)* y el señor De Marchi *(Garín)* fueron muy aplaudidos, lo propio que los coros y la orquesta.

Además se han estrenado con excelente éxito: en la Zarzuela, la ópera española del maestro Llanos, *Cristóbal Colón*, cuyo primer acto es el cuadro lírico-dramático *¡Tierra!*, hace tiempo conocido del público y siempre acogido con aplauso; en Lara, un graciosísimo juguete cómico en un acto, *El cascabel al gato*, de D. Fiacro Yraizoz; y en Eslava, *La cencerrada*, zarzuela en un acto, letra de los Sres. Perrín y Palacios y música del maestro Jiménez.

Barcelona. – En Novedades se han extrenado: *L' hereu Jordi*, drama en tres actos de D. Pedro Antonio Torres, de interesante argumento, bien versificado y con escenas de gran efecto dramático; *La padrina*, pieza en un acto de D. Joaquín Riera y Bertrán, de acción sencilla y no sin interés, escrita con facilidad y abundante en chistes de la mejor ley; y *La Dolores*, drama castellano en tres actos, de D. José Feliu y Codina, interesante por su argumento y escrito en bellísimos versos y en el estilo elegante y castizo que caracteriza á su autor: el éxito de estas tres obras ha sido excelente. En Romea se ha verificado el estreno de *Qui compra... maduixas*, sainete en un acto de D. Emilio Vilanova, conjunto de escenas graciosísimas, copia fiel del natural, dialogadas con asombrosa facilidad y sembradas de chistes agudísimos, y *L' infern á casa*, comedia en tres actos en prosa de D. Federico Soler, muy bien escrita, abundante en peripecias é incidentes ingeniosamente tramados; el público acogió con entusiasmo el sainete y con aplausos la comedia. El Gran Teatro del Liceo ha inaugurado la temporada de ópera con muy buen pie: *Lohengrin* y *Mignon* han valido muchos aplausos á las señoras Arkel, Bendazzi, Paulicchi, Boronat y Juliá y á los Sres. Valero, Ughetto, Visconti, Colli y Fiorini y verdaderas ovaciones al maestro Mugnone.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Carlos Augusto Deinhard, vicealmirante de la armada alemana, jefe de la estación marítima del Báltico, uno de los marinos más distinguidos de Alemania y en los que más esperanzas cifraba la nación.

Enrique Ainmuller, pintor alemán, conocido especialmente por sus pinturas sobre cristal.

Pedro Nikolai Arbo, célebre pintor de historia noruego, director de la Escuela de Dibujo de Cristianía.

El P. Anselmo María Binniaux, general superior de la orden de los cartujos, que residía en la gran Cartuja de Grenoble.

Jorge Bleibtreu, célebre pintor de batallas que consagró su prodigiosa actividad á representar en el lienzo las victorias germano-prusianas y dió pruebas de consumado maestro en dicho género: era individuo de la Academia de Artes, de Berlín.

Guillermo Ising, notable poeta alemán, autor de las tragedias *Robespierre* y *Miguel Kohlhaas*, muy celebradas en Alemania.

Teresa Karacs, escritora húngara que adquirió gran fama especialmente como pedagoga.

D. Julián Castellanos, escritor distinguido y cronista de la Diputación provincial de Madrid.

Gustavo Olbricht, célebre paisajista alemán, restaurador de la galería de cuadros de Silesia.

Felipe M. Lindo, pintor de la escuela de Dusseldorf, de origen inglés, que ha residido durante estos últimos años en Holanda: sus cuadros históricos son verdaderas joyas de colorido.

Alberto Millaud, notable periodista francés y autor de muchas operetas y vaudevilles muy aplaudidos, entre los que merecen citarse *Madame l' Archiduc*, *La femme a papa*, *Niniche*, *La roussotte*, *Mamzelle Nitouche*, etc.

Camilo Rousset, miembro de la Academia francesa é historiador notable, que escribió, entre otras obras, *Los voluntarios de 1792*, *Historia de Louvois y de su administración política y literaria*, *La conquista de Argel*, *Historia de la guerra de Crimea*, etc.

Enrique Lavoix, subdirector de la Biblioteca nacional de Francia, lector de la Comedia francesa, autor de muchos y notables trabajos numismáticos, entre ellos el catálogo de las monedas musulmanas del monetario de la Biblioteca.

César Vigna, famoso alienista italiano, director del manicomio para mujeres, de San Clemente (Venecia), autor de un notabilísimo estudio sobre la influencia que en lo físico y en lo moral ejerce la música, de la que era verdaderamente apasionado.

El general de división del ejército español D. José Mirelis, gran cruz de San Hermenegildo, ex gobernador militar de Melilla, cargo en cuyo desempeño se distinguió notablemente cuando los recientes ataques de los riffeños contra aquella plaza.

Otón Baisch, redactor en jefe del periódico ilustrado alemán *Ueber Land und Meer*, director de las publicaciones *Biblioteca de Novelas alemanas* y de la *Biblioteca de Autores extranjer* y presidente de la Sociedad de escritores de Stuttgart.

Olga Nikolayewna, reina viuda de Wurtemberg, hija del e perador Nicolás de Rusia.

Felipe Grotjohan, pintor de historia alemán.

Carlota Leffler, notabilísima escritora noruega, tan admira por sus novelas como por sus dramas.

NUESTROS GRABADOS

Los náufragos, grupo escultórico de D. Migu Angel Trilles. – Gran talento artístico revela esta obra en reducido espacio y por medio de una composición sob consigue representar los horrores de un trágico suceso que por lo mucho que se repite deja de ser siempre aterrador. Aq hombre agarrado desesperadamente á un mástil, último re del buque que las olas destruyeron, y esperando un socorro no llega, y aquel niño, su hijo tal vez, que agotadas sus fuer yace abatido á sus pies, son dos figuras tan expresivas, con t ta corrección y valentía ejecutadas, que bastan para conquis un alto puesto en el mundo del arte al que tan admirableme ha sabido concebirlas y modelarlas.

El mendigo, cuadro de M. Friant. – El mend de M. Friant no es uno de esos vagabundos que inspiran mi y que aprovechan cualquier descuido para pagar con un de el beneficio que recibieran de las caritativas gentes; no, es r mente el pobre, un soldado de ese gran ejército de la mis que se recluta entre los desgraciados más que entre los perdid y su aspecto honrado tranquilizará al noble obrero á quien manda una limosna. Este, vencida su desconfianza del pri momento, no se contentará con prodigar frases de consuel huésped que el cielo le envía, sino que le hará descansar en modesto albergue, en donde el infeliz mendigo reparará fuerzas para emprender de nuevo su camino. El notable pi francés Friant, sin descuidar ni mucho menos la parte técn ha acentuado en el cuadro que reproducimos la nota del se miento que tan bien cuadra á la escena representada, dand cada una de sus figuras la expresión justa y produciendo obra cuyo conjunto cautiva y cuyos detalles revelan el tale del artista.

San Isidoro. – D. Alfonso el Sabio, estatu de D. José Alcoverro (Palacio destinado á Biblio y Museos Nacionales). – No es el Sr. Alcoverro un artista vel, ya que son varias y discretas las obras que ha produc algunas de las cuales sirven de artístico adorno á la coron villa, como acontece con la del Padre Piquer, recientemente i gurada, que se levanta frente al edificio fundado por aquel tuoso sacerdote, el Monte de Piedad.

El nombre de Alcoverro va unido ya al de algunos ilus escultores que honran á Cataluña. Las dos hermosas esta del Rey Sabio y del Santo Obispo sevillano deben estimar modo de títulos que exhibe el artista catalán. Ambas leván se en la mitad de la suntuosa escalinata que da acceso al p cio destinado á Museos y Biblioteca, que encierra hoy las Exposiciones más interesantes que se han celebrado en Esp la Histórica y la Americana. Ambas estatuas representan señalado triunfo, puesto que fueron premiadas en el segu concurso convocado por haberse declarado desierto el prim

Una vara rota, cuadro de D. Arturo Mic lena. – El llamado espectáculo nacional con las distintas s tes y accidentes de la lidia es fuente inagotable de asuntos nuestros artistas y aun para los extranjeros; y en verdad dejando á un lado la tan debatida cuestión que pudiéramos mar de fondo, pocas fiestas ofrecen, desde el punto de vista toresco y hasta bajo el concepto dramático, tantos eleme interesantes para el pintor que busque luz, color y anima para sus cuadros. No hemos de describir la escena que repr ce el cuadro de nuestro distinguido compatriota Sr. Mic na, porque á buen seguro la conocerán de vista ó de oídas t nuestros lectores, y en cuanto al modo como el artista la ha tado basta fijarse en aquel pedazo de tendido, conjunto al rrado de los más variados trajes y tipos, en las actitudes d toreros, de los mozos de plaza y del aguacil y en la figura toro que se ceba en el inanimado cuerpo de su víctima, comprender cuánta verdad hay en el lienzo y para aprecia innumerables bellezas de ejecución que éste atesora.

Napoleón durante el saqueo de las Tuller 10 de agosto de 1792, cuadro de M. Realier mas. – El veto puesto por Luis XVI á los decretos Asamblea legislativa, la excitación que los más exaltados lucionarios lograron producir en las masas populares y la at fera de tempestad que reinaba en la capital francesa y q había manifestado ya en 20 de junio de 1792, ocasionar movimiento de 10 de agosto del propio año, movimiento terminó con la toma y saqueo de las Tullerías, en donde cieron como buenos los suizos que habían jurado fidelida monarca francés y en cuyo honor erigióse más tarde el se y conmovedor monumento de Lucerna. Testigo de aquel s fué un joven oficial de artillería que un día había de sen gloriosamente en el trono que la revolución derribara: N león Bonaparte. Tal es el asunto que representa el cuad M. Realier Dumas, cuyas excelencias no hemos de señalar, si las bellezas de ejecución saltan á la vista, no menos fiestas son las que encierra la obra, considerada desde el de vista de la idea en que el autor se inspirara al sintetiza bien escasos elementos el pasado, el presente y el porver la Francia de aquellos días, representados por un manto corona arrojados al suelo, por una turba revolucionaria ent da á toda clase de excesos y por una figura en cuyas acti expresión se adivina al futuro dominador de Francia.

Placa de bronce regalada al Dr. Assis zil. – Con motivo de haber pronunciado el Dr. Assis B ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de los dos Unidos del Brasil en las repúblicas del Plata, un eloc y enérgico discurso contestando al barón de Lucena y c tiendo la dictadura brasileña, varios amigos y admirador yos le han regalado recientemente la placa de bronce cinc que reproducimos; este objeto de arte, salido de los taller los Sres. Gottuzzo y Terrarossa, de Buenos Aires, merc calificativo de verdadera joya artística, así por su riqueza por el buen gusto que preside en el conjunto y en sus me detalles.

CADENAS

NOVELA ITALIANA ESCRITA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

Sin embargo, tenía como un vago presentimiento de que había de ser causa de algún suceso triste y lo temía todo y á todos; cualquier cosa la hacía temblar; toda persona que llegaba á la quinta, el proyecto de una expedición y hasta el ver que su hija se iba haciendo mujer por días.



Emprendían excursiones á elevadas montañas...

Cuando notó que perdía la afición á los juguetes, que tanto la divertían cuando era niña, se le oprimió el corazón; habría querido que no pasase de aquella edad venturosa en que la vida sólo tiene sonrisas, y viendo ya que atraía las miradas de todos por su belleza y que la consideraban como una joven casadera, aunque sólo contaba diez y seis años, tenía miedo hasta del aire que la rodeaba; recelaba mil peligros y estaba siempre inquieta y llena de suspicacia.

Alberto se encontraba muy á gusto en compañía de sus amiguitas, pero no hubiera sabido á cuál dar la preferencia; admiraba la belleza y el ingenio de Laura y le conmovía la delicadeza de pensamientos de Sofía; la conversación de ambas, alegre y exenta de preocupaciones, le hacía olvidar sus penas y poco á poco volvía á amar la vida; parecíale que casi se transformaba en otro hombre, y así como antes no pensaba más que en sí mismo, así también ahora hubiera querido consagrarse enteramente á aquellas jovencitas; sentía verdadera ansia de protegerlas y hubiera deseado que fuesen hermanas suyas para tener el derecho de hacerlo; se complacía en suponerlas solas, abandonadas en la tierra, para poder ofrecerse á ambas como protector desinteresado; no se le ocurría siquiera pensar en el riesgo de que algún día pudiera enamorarse de una de ellas, y precisamente el hecho de querer á las dos del mismo modo y con cariño puramente fraternal hacía que no pasara por su mente ninguna otra sospecha.

Cierto día fueron á dar un paseo por un bosque de abetos. Alberto iba al lado de Sofía, y á la sombra de aquellos árboles que les recordaban las selvas de su país, se pusieron á hablar de la lejana patria y se embebieron tanto en aquella conversación que se olvidaron de las demás personas que les acompañaban.

Laura intentó varias veces interrumpirla, pero no lo consiguió; la suspendían un momento para contestar y no parecer descorteses, pero en seguida la reanudaban y continuaban hablando sin cansarse.

Sofía se acordaba bastante de su patria, y á menudo la veía en sueños embellecida por la distancia y por su fantasía; gustábale hablar de ella y oir lo que decían acerca de ella los demás.

Alberto también se expresaba entusiastamente cuando trataba de Alemania, y decía que se encontraba bien en la quinta del barón, porque viviendo entre personas que le recordaban los primeros años de su niñez, le parecía haber encontrado un pedazo de su patria, hermoseada por un sol magnífico, por una vegetación admirable y por un clima primaveral.

Aquel día la recordaba con mayor placer que de costumbre, y ni durante el paseo, ni al regreso, ni después de comer se separó de Sofía.

– Tienen que tratar de cosas muy interesantes, pensaba Laura, y no apartaba la vista de los dos jóvenes, mirándolos despechada.

Sin saber por qué causa, aquel día se puso agitada y nerviosa; su madre, á la cual no se le escapaba nada de cuanto pasaba en el ánimo de su hija, le preguntó si se sentía indispuesta.

– Estoy muy bien, contestó encogiéndose de hombros.

Por la noche, para distraer la atención del joven, Laura cantó una pieza que sabía era de su agrado; la cantó con mucha expresión, pero Alberto tenía la imaginación en otra parte y la escuchó distraído; cuando concluyó, se limitó á dirigirla un cortés cumplimiento, pero Laura notó sobradamente que no había prestado atención. Entonces se sintió tan sobrexcitada que no pudiendo reprimirse salió con precipitación de la sala, se encerró en su cuarto y se puso á pasear aceleradamente de arriba á abajo como una loca.

Elvira, no menos inquieta, fué á buscar á su hija y le preguntó qué le pasaba.

Laura contestó que estaba muy bien y que la dejase en paz; pero su madre no se satisfizo con aquella respuesta, y sentándose á su hija en la falda como cuando era niña y abrazándola, le rogó que le abriese su corazón.

Laura no pudo resistir á aquellas caricias, y escondiendo la cabeza en el seno de su madre, le dijo que no sabía lo que tenía y prorrumpió en deshecho llanto.

Elvira presumió la verdad por las lágrimas de su hija.

– ¡Tú amas á Alberto!, le dijo.

Laura escondió aún más la cabeza en el pecho de su madre y contestó:

– No tengo yo la culpa; y luego no sé cómo ha sido, pero hoy no me ha dirigido la palabra, ha pasado todo el día con Sofía. ¡Qué desgraciada soy, mamá! ¡Quisiera morirme!

– Por Dios, no digas eso; no sabes el daño que me haces; tú debes vivir y ser feliz.

– ¡Imposible! Sólo le gusta hablar con Sofía y á mí no me hace caso.

Laura era siempre la misma: le había bastado ver que Sofía se complaciera en hablar con Alberto, para que al punto se sintiera enamorada de él; era el mismo sentimiento que cuando niña le hacía desear las muñecas y juguetes de su amiga.

Elvira se reconocía impotente ante el dolor de su hija; ella, que la habría querido ver siempre alegre y risueña, la tenía en sus brazos llorosa y con el corazón lacerado; recordaba que había tenido ya presentimiento de lo que estaba sucediendo y que no había visto gustosa la intimidad que las dos mocitas tenían con aquel joven; pero ya no se podía retroceder, y por más que buscaba una palabra de consuelo para su hija, no la encontraba.

Si Alberto y Sofía se amaban, era imposible separarlos; Sofía, aunque menos bella, tenía sobradas ventajas en comparación de su amiga; Elvira lo comprendía y temblaba por su hija.

– Quiero morir, repetía Laura sin cesar de llorar.

Y estas palabras eran otras tantas puñaladas para la pobre madre.

– No digas eso, hija mía; sosiégate; piensa en tu mamá que no podría vivir sin ti, y si Alberto te desdeña no pienses en él.

– Y ahora estará todavía hablando con Sofía. ¡Me

dan una rabia con sus conversaciones que no acaban nunca!...

– Vamos, no seas loca, dijo Elvira; Sofía es casi una niña y no habrá nada entre ellos; les gusta hablarse porque son del mismo país, y nada más; tu imaginación lo exagera todo; además, Alberto se ha mostrado siempre más amable contigo que con Sofía.

– ¿Es de veras eso, mamá? ¿Lo crees así? Sí, sí, debe ser eso; soy una loca, una majadera en pensar ciertas cosas.

Y al decir esto empezaba á sonreir, aunque todavía temblaban las lágrimas en sus párpados, y besaba y abrazaba á su mamá que tal consuelo le daba.

XIII

Las preocupaciones de Elvira entraban en una nueva fase; necesitaba reunir todas sus fuerzas para luchar.

Había llegado el momento tan temido; quería á toda costa que su hija fuese feliz.

Sus palabras habían podido calmar la agitación de Laura, la cual se durmió tranquila, sabiendo que su madre velaba por su ventura.

Preguntábase qué cosa mala había hecho en este mundo, qué delito horrible debía expiar para que la desgracia la persiguiese tan sañudamente.

¿Por qué había llegado aquel joven á la quinta para arrebatar la paz á su hija? ¿Por qué no se decidió ella á huir con Laura lejos de allí, cuando tuvo el presentimiento de lo que iba á suceder?

Conociendo á fondo el carácter de su hija comprendía que se moriría si Alberto no la amaba.

Y ¿por qué no había de amarla? ¿Quizás por causa de Sofía?

¡Sofía! En aquel momento sentía que la odiaba; aquella joven lo reunía todo, riqueza, un nombre ilustre y sin mancha, un padre que la adoraba; ¿tenía, pues, necesidad de un marido? En cambio Laura, no contando con más apoyo que el de una pobre mujer, sin medios de fortuna, necesitaba encontrar colocación, tener un hogar; verdad es que un marido la hubiera separado para siempre de su hija, pero entonces no pensaba más que en el bien de ésta, y se habría sacrificado á sí misma y también al mundo entero con tal de conseguir su objeto.

El día siguiente debía aprestarse á combatir, estaba resuelta á llegar á una solución y á provocarla; no podía vivir en aquella incertidumbre, y continuaba forjando planes; mas si al pronto todos le parecían de fácil ejecución, luego los desechaba por imposibles.

No quería aconsejarse del barón; conocía que en aquella ocasión no la auxiliaría: tampoco le parecía prudente hablar al joven; su dignidad y su firmeza se revelaban contra semejante paso. El único proyecto que mejor le pareció fué dirigirse á Sofía, hablarle al corazón y lograr convertirla en aliada en vez de enemiga; pero esta determinación no dejaba de tener sus peligros, pues si Sofía estaba enamorada del joven, la victoria no sería tan fácil.

De todos modos resolvió interrogar á su discípula y obrar en consecuencia.

Cuando hubo tomado esta resolución, empezaba á amanecer; se tendió vestida en el lecho para descansar un poco, pues se sentía rendida; á las dos horas abrió el balcón y salió á la azotea para tomar un poco el aire, pues aún le ardía la cabeza.

Hacía una mañana deliciosa; el lago estaba tan tranquilo que parecía un espejo; el sol doraba las cimas de los montes; las quintas situadas á orillas del lago estaban aún á la sombra, y en especial las que tenían jardines frondosos presentaban un aspecto misterioso que inducía á la meditación y llenaba de paz el alma. De vez en cuando se abría una ventana y aparecía algún criado que, escoba en mano, daba principio á sus tareas diarias, ó salía un jardinero con sus herramientas é iba á examinar con aten-



Laura cantó una pieza que agradaba á Alberto

ción las plantas para ver los efectos del rocío nocturno.

Elvira estuvo contemplando aquel lago, aquellas flores que destilaban gotas de rocío, y sentía gran alivio cuando percibía en su ardorosa cabeza el fresco soplo de la brisa matinal. Pasó allí gran rato, inmóvil, con la vista fija, observando el paisaje que ante ella se extendía, aunque sus pensamientos estuviesen en otra parte.

Poco después le llamó la atención un leve rumor; vió que se abría la puerta de la quinta que daba al jardín, que por ella salía Alberto con un libro en la mano y que se sentó en un banco, desde el que se puso á mirar la quinta. A la media hora abrióse la misma puertecilla y apareció Sofía llevando un largo manto gris y un sombrero de paja; estaba poniéndose los guantes, y dirigiéndose al joven le dijo:

– ¿Le he hecho á usted esperar?

– Señorita, contestó el joven levantándose y saludando con la cabeza, es que me he levantado demasiado temprano; pero hacía una mañana tan hermosa, que he querido disfrutar de ella, y ahora me tiene usted á su disposición.

Elvira no apartaba la vista de los dos jóvenes ni perdía una sola de sus palabras.

Cuando Sofía, levantando los ojos, la vió apoyada en la balaustrada de la azotea.

– Buenos días, tía, le dijo, mientras Alberto, que había observado su movimiento, saludaba también á la institutriz. ¿Levantada tan temprano? ¿Y Laura qué hace? ¿Adónde fué que no la hemos vuelto á ver? Le habría dicho que viniera esta mañana con nosotros.

– No se encuentra bien; pero ¿adónde vais á esta hora?

– A hacer visitas médicas; voy á ver á un pobre niño que cayó ayer debajo de un carro, y luego á preguntar á la vieja María si necesita más vino para recobrar las fuerzas; Alberto tiene la bondad de acompañarme, y así esta excursión nos sirve de paseo. Hasta luego.

Y así diciendo ambos traspusieron la verja del jardín.

Elvira se quedó inmóvil, siguiéndolos con la vista y pensando en lo mal que había hecho el barón en permitir á una señorita salir sola con un joven.

Recordaba que un día le hizo una observación acerca de ello, y que él le tapó la boca contestándole que en Alemania había esa costumbre que no tenía nada de particular; pero ella no permitió nunca á Laura salir sola con Alberto, y en aquel momento casi se arrepentía.

Tal vez aquella libertad de pasear juntos y solos había engendrado cierta simpatía entre los dos jóvenes, y esta idea la molestaba; pensaba luego que Sofía no se sobresaltó al verla en la azotea y que ella y Alberto se habían saludado sencillamente, sin inmutarse, como dos conocidos; conocía á Sofía, y sabía que si hubiese experimentado por el joven un sentimiento más intenso que el de la amistad, lo habría podido adivinar ó leer en su semblante ingenuo, en el cual se reflejaba cuanto pasaba en su alma inocente; pero de todos modos el saber que estaba sola con Alberto la desagradaba y tenía celos por su hija.

Laura se despertó llorando; había tenido horrorosas pesadillas y le dolía la cabeza. Su madre le aconsejó que no se levantara hasta más tarde. Laura habría deseado ver á Alberto; pero la idea de que tal vez encontrara á Sofía muy entretenida hablando con él, le hacía daño, y creyó lo mejor obedecer á su madre.

Cuando vió que se disponía á bajar al comedor á la hora del almuerzo, le dirigió una mirada tan expresiva y suplicante, que Elvira se acercó á ella y abrazándola, dijo:

– Confía en mí; tu causa no puede estar en mejores manos, hija mía. Si para hacerte feliz hubiese de cometer un delito, no vacilaría un momento: ya ves si te quiero.

– No digas eso, mamá, contestó Laura, ni me mires de ese modo, que me das miedo. Creo que seré feliz y lo seré por ti, que has padecido tanto; es imposible que no puedas verme dichosa y estar satisfecha siquiera una vez en tu vida; de lo contrario, el mundo sería demasiado injusto.

Sofía se afligió mucho al saber que su amiga estaba indispuesta y en seguida quiso ir á verla; pero la institutriz le dijo que no era cosa de cuidado y que bajaría á la hora de comer, y aun se mostró tan tranquila que después de almorzar, en vez de subir al cuarto de su hija, salió con Sofía á pasear por el jardín.

El barón, atareado con sus estudios, se retiró á su gabinete.

Alberto tenía que escribir algunas cartas, de suerte que Elvira pudo hablar á Sofía con toda libertad.

Pero entonces le pareció más difícil de lo que creía el hacer recaer la conversación sobre lo que en aquel momento le interesaba; sin embargo, se armó de valor, y después de cogerse del brazo de Sofía y de dar al-

gunas vueltas por una frondosa alameda, se decidió á hablar.

– Si supieses, le dijo, cuánto lo siento, pero quizás tenga que dejaros é irme lejos de aquí. Este pensamiento me tiene dolorosamente preocupada; sin embargo, comprendo que no hay otro remedio.

– Pero ¿por qué?, preguntó Sofía.

– Por la salud de Laura.

– Pero si está siempre buena. ¿Lo dices por broma?

– Lo digo muy de veras. Y puesto que eres ya una mujercita de juicio y no una niña, voy á decirte una cosa en confianza, pero no hables de ello á nadie; prométeme que quedará entre las dos.

– Lo prometo, contestó Sofía, á quien el aire solemne de la institutriz había despertado deseos de saber qué podía ser aquel misterio.

– Pues hace días, prosiguió Elvira, que Laura está de muy mal humor; llora, suspira, se enfada por la menor contrariedad; en una palabra, temo que Alberto tenga algo que ver con su tristeza, y naturalmente, ahora que estoy aún á tiempo, deberé alejarla de él.

Sofía, al oir estas palabras, cambió de color dos ó tres veces.

– ¿Y Alberto?, preguntó bajando los ojos.

– No sabe nada, contestó la institutriz, y por todo el oro del mundo no quisiera que lo supiese; pero puedes figurarte cuán agitada y vacilante estaré yo, que no vivo sino para mi hija y daría la vida por verla feliz. He tenido tantos disgustos, que todo me da miedo, y ahora que veo en peligro su felicidad, mi deber es partir.

– ¿Y si Alberto la amase?

– Es muy difícil que un joven como él se case con una pobre niña, abandonada por su padre, sin dote, y puede decirse sin familia; no, es imposible en este siglo en que no se piensa más que en el dinero.

– No es cierto, contestó con prontitud Sofía, si Alberto quiere á Laura, se casará por ella y no por la riqueza; es demasiado generoso para pensar de semejante modo.

Al decir esto se había puesto encarnada, y su corazón latía lleno de entusiasmo.

– ¿Y si amase á otra?, preguntó atrevidamente la institutriz.

– Lo sentiría por la pobre Laura, pero lo creo difícil; Laura es demasiado bella para temer rivales.

– ¡Si fuese cierto! Piensa qué fortuna sería para nosotras, para mi pobre hija, estando solas en el mundo y siendo tan desgraciadas; otras pueden esperar compensaciones, pero nosotras...

Sofía se conmovió al ver la faz llorosa de su institutriz y le dijo:

– Quedaos algunos días hasta ver si Alberto la ama.

– ¡Oh! ¡Cuánto desearía poder creerte, hija mía! Pero soy por demás desventurada y no puedo hacerme esa ilusión. Quizás se le hayan metido á Laura ciertas ideas en la cabeza, y Alberto ni siquiera piensa en ella.

– Pero ¿por qué no? De todos modos, conviene pensarlo y no precipitarse; Laura me parece razonable y no querrá que la amen á la fuerza. Me gustaría que se casasen, añadió Sofía suspirando; harían buena pareja.

– Eres un ángel, contestó Elvira estrechándola entre sus brazos. Por esta vez acepto tu consejo; dejaré pasar unos días antes de tomar una determinación. Ahora voy á ver á Laura.

Y con paso rápido se encaminó á la quinta, dejando sola á la joven.

A los pocos pasos dió un profundo suspiro de satisfacción y alegró su rostro una sonrisa. Ya no abrigaba temores por parte de Sofía, y con su astucia había convertido en amiga á una rival. Conocía demasiado la nobleza de ánimo de la joven y estaba segura de que no tendría nada que temer de ella.

Sofía, apenas se separó de la institutriz, se quedó pensativa. Por una parte, le satisfacía que Elvira la hubiese tomado por confidente; parecíale haber crecido en consideración, puesto que ya la veían como una mujer, y se sentía orgullosa; pero la revelación que le había hecho la contristaba.

Jamás se le había ocurido amar á Alberto; si alguien se lo hubiese dicho pocos momentos antes, se habría echado á reir, y sin embargo, la idea de que pudiese casarse con Laura, que se fuese lejos con ella, le hacía sentir cierta amargura, cierta pesadumbre que le hicieron acudir las lágrimas á los ojos.

Sumida en estos pensamientos, no echó de ver á Alberto

Pasó un rato titubeando.

– ¿Por qué habrá de causarme sentimiento el bien de Laura?, pensó. ¿Es posible que yo sea tan mala? ¿Acaso estaré también enamorada de Alberto? ¡Qué tonta soy! ¡Qué ideas se me ocurren! ¡Como si yo tuviese necesidad de casarme! ¿No tengo á mi papá, de quien no me separaría por nada del mundo? Además tengo mis enfermos, mis animalitos; no me falta qué hacer, y no me queda tiempo para pensar en ciertas cosas; pero Laura, pobrecilla... ha sido tan infeliz; necesita crearse una posición; puede decirse que carece de apellido; el de la madre no es el suyo, y no quiere llevar el del padre, la pobrecita necesita un marido; en cambio á mí, ¿qué me falta?

Eran las palabras que le había dirigido poco antes la institutriz, que repercutían como un eco en su mente, y conforme iba pensando en ellas, le parecían más razonables y persuasivas; pero también consistía en que estaba más acostumbrada á dejarse dominar por los buenos sentimientos de su noble corazón que á guiarse por la serenidad de su raciocinio. Sentía más que pensaba.

Sumida en estos pensamientos, no echó de ver que Alberto se acercaba á ella con algunas cartas en la mano.

– ¿Por qué tan pensativa?, le preguntó.

Sofía se estremeció al oir aquella voz.

– No es nada, contestó; estaba fantaseando. Pero me había olvidado de que Laura me espera. Hasta luego.

Y se alejó presurosa.

El joven la siguió con la vista y pensó:

– Dice que no tiene nada; sin embargo, yo apostaría á que tiene en el corazón algo que la turba.

Por un momento pensó seguirla hasta descubrir lo que la preocupaba; pero no quiso ser indiscreto, y salió del jardín para ir á echar las cartas al correo.

Sofía se metió en su cuarto; tenía necesidad de soledad y recogimiento. La presencia de Alberto la había turbado; conocía que debía recobrarse y hacer de modo que pudiera volverlo á ver sin sentir la menor emoción. Habríalo conseguido con un pequeño esfuerzo, porque en aquel cuerpecito delicado latía un corazón de heroína.

No habría podido explicar lo que sentía en aquel momento; parecíale tener oprimido el corazón, y sin embargo, jamás había estado tan satisfecha de sí misma, y además experimentaba por Laura un cariño, una ternura como no la había sentido en todo aquel tiempo, y tanto que apenas recobró un poco de calma, corrió á ver á su amiga.

Laura ignoraba lo que su madre acababa de hacer por ella; lo único que aquélla le dijo fué que con su perspicacia había descubierto que Sofía no amaba á Alberto, y que por este lado no tenía nada que temer. Pero la aconsejó que no se hiciese ilusiones y que procurase disipar el afecto que sentía nacer en su corazón.

Laura no le prestó oídos; bastábale que Sofía no fuese su rival; todo lo demás le importaba poco, y después de las seguridades que le dió su madre, se sintió tan aliviada que quiso levantarse para bajar al jardín.

Cuando entró Sofía, le echó los brazos al cuello, y dijo que estaba alegre porque se sentía mejor, y quiso correr con la amiga por las sendas del bosquecillo porque tenía necesidad de aire y de movimiento, y decía que había en el mundo misterios que no se podían explicar.

– Mira, Sofía, decía; ayer era tan desgraciada que no hubiera dado un céntimo por mi vida, y ahora estoy contenta y quiero vivir eternamente. ¿Cómo explicas esto?

– También yo lo siento, pero no me lo explico, contestó Sofía; ayer estaba más alegre que ahora; quizás mañana estaré mejor. Creo que nosotras tenemos también, como el campo, días de lluvia y de sol, y tomo el tiempo como viene.

– Es que tú eres una filósofa, como tu papá, dijo Laura. Yo no; quiero tener siempre sol y alegría; de lo contrario, prefiero morir.

XIV

Alberto se sentía renacer en medio del aire perfumado del lago de Como; había olvidado ya sus disgustos, y disfrutaba con la conversación grave y formal del barón y de la institutriz, ó con la alegre é inocente de las dos jovencitas; pero de ningún modo se figuraba ser causa de un choque entre ellas; antes al contrario, tan remota de su imaginación estaba esta idea, que si alguien le hubiese dicho que los corazones de las dos amigas latían por él, se habría enorgullecido sobre manera, pero no lo habría creído fácilmente.

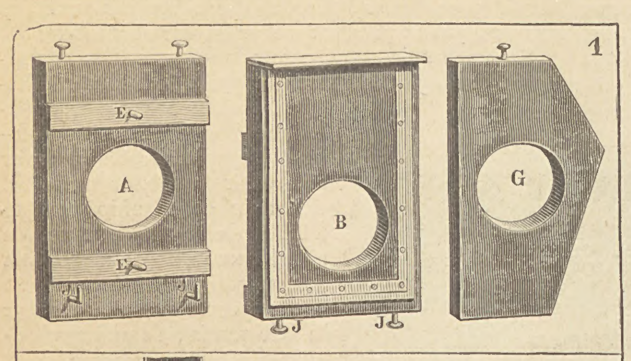
Sin embargo, un día notó en Sofía cierta frialdad que no se supo explicar. Hizo examen de conciencia para averiguar si había podido disgustarla en algo; pero aquélla no le remordía y acabó por decir: «Será un capricho.»

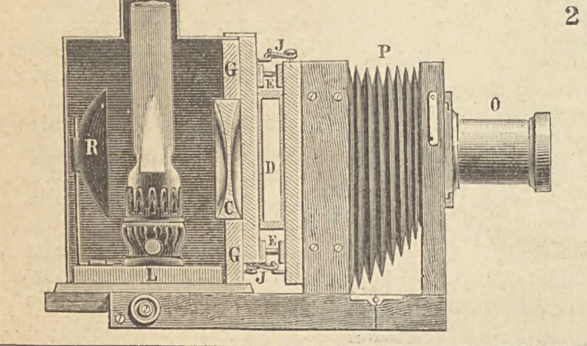
(Continuará)

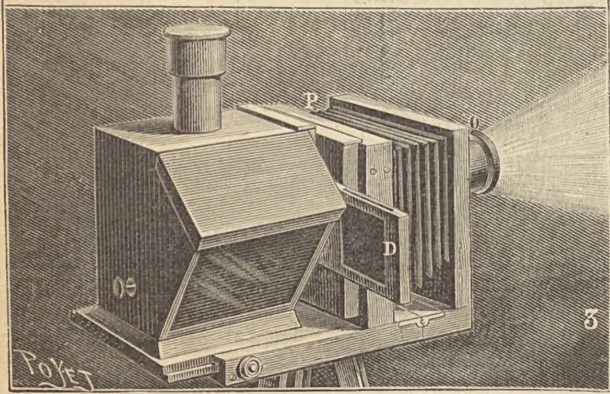
SECCIÓN CIENTÍFICA

APARATO DE PROYECCIÓN

El sistema que vamos á describir y que permitirá á todos los aficionados á la fotografía confeccionarse







Figs. 1, 2 y 3. – Transformación de una linterna de laboratorio y de un aparato fotográfico en un aparato de proyección y ampliación. – Fig. 1. A. Falso marco negativo. – B. Cierro de la linterna. – G. Porta-condensador. – Fig. 2. El aparato visto de lado. A. Falso marco negativo. – B. Cierro de la linterna. – C. Condensador. – D. Marco con corredera para la proyección de dos clisés. – E. Barritas de hierro que mantienen A y B uno enfrente de otro de modo que entre sí coincidan los centros de las aberturas circulares. – G. Planchita sobre la cual se fija el anillo del condensador C. – J. Juntura elástica de A y B por medio de caucho ó de muelles. – L. Lámpara de petróleo modificada. – R. Reflector móvil para la lámpara. – Fig. 3. Vista del aparato funcionando.

un aparato de proyección y de ampliación se compone de los siguientes elementos:

1.° De una cámara obscura de 13 × 18, bien construída, que permita cierta decentración en altura. Para esta cámara se confecciona una plancha que tenga el espesor y la dimensión de uno de sus marcos negativos: esta plancha se coloca en el lugar de uno de estos últimos marcos, procurando que quede bien ajustada (fig. 1, A), y en ella se practica una abertura circular correspondiente al diámetro del condensador que se desea emplear: el centro de esta abertura deberá estar á la misma altura que el de la abertura anterior de la cámara cuando la parte delantera está decentrada hacia arriba. En la cara exterior de la plancha, es decir, la que estará en la parte de afuera cuando se colocará la plancha en la cámara obscura, se fijan dos pequeños listones de madera, de poco espesor, destinados á servir de guías á los marcos portapositivos. Como ese marco exige una construcción muy perfecta, cosa que no está al alcance de todos los aficionados, recomendamos la compra del marco portapositivos, que se encuentra en el comercio á un precio módico.

2.° De una linterna de laboratorio de cristales inclinados, de dimensión media y muy bien construída á fin de que la luz no pase por todos los lados. Esta linterna presenta en uno de sus costados laterales una abertura rectangular, cerrada por una pieza de hoja de lata que se desliza por una corredera. Se quita luego este cierro, se toma otra plancha que tenga casi las mismas dimensiones que la que reemplaza al marco negativo, y se fija encima, en los tres lados del rectángulo, una tira de cinc ú hoja de lata encorvada para poder colocar la planchita en el sitio de la primitiva tapadera (fig. 1, B). Después se pone la linterna en la parte posterior de la cámara, de modo que el lado en donde está la abertura tapada por la planchita se aplique sobre el falso marco negativo, y se señala el sitio en donde haya de practicarse la abertura circular correspondiente, así como el punto donde hayan de fijarse los dos pequeños listones de madera enfrente de las del marco. Hecho esto, se toma una plancha á la que se da la dimensión de este lado interior de la linterna y se fija por medio de un clavo, que puede quitarse á voluntad; se indica el sitio de la abertura circular como las de las demás planchas, y se introduce en esta abertura el anillo que acompaña al condensador y que luego se fija sobre la plancha por medio de clavos ó tornillos (fig. 1, G).

El mechero de la lámpara de petróleo se sustituye por otro mayor ó, si la construcción de aquélla no lo permite, se hace soldar un mechero redondo (de 14 líneas) en una lata grande de sardinas, con lo que se obtiene una iluminación suficiente. Detrás de la llama se coloca un pequeño espejo cóncavo, pudiendo echar mano de los reflectores de los pequeños faroles de coche, que son de cobre sobreplateado y que cuestan pocos céntimos: debe cuidarse de que el centro del reflector coincida con el centro de la llama, del condensador y del objetivo.

Si se desea suprimir la luz roja que da la linterna, basta añadir un pedazo de cartón, de hoja de lata, de cinc, etc., del tamaño necesario, á manera de tercer cristal.

Por otra parte, la luz de la linterna puede ser oxihídrica, de gas, eléctrica, etc.

Realizados estos preparativos, es preciso reunir las dos planchitas colocadas en la parte exterior de los aparatos por medio de algunas rodajas de caucho, adheridas á las planchitas con escarpias, á fin de poderlas acercar, dejando la elasticidad necesaria para el cambio del marco.

De este modo queda formado el aparato de proyección. Puesta la linterna en la parte posterior de la cámara obscura, participará de los movimientos de traslación de la misma y se podrá poner en foco la imagen con uno de los objetivos de que se dispondrá, puesto que se tendrá á mano todo el tiraje de la cámara obscura.

M. Horn

***

LA PRESTIDIGITACIÓN DESCUBIERTA

EL NACIMIENTO DE LAS FLORES

Este juego es uno de los más graciosos que en prestidigitación se conocen. El prestidigitador se presenta ante el público llevando en la mano una cajita de cartón, en la cual, dice, hay semillas de flores de diversas clases.

«¡Nada de tierra, de humedad, ni de tiempo para hacer germinar la simiente, crecer la planta y abrir la flor: todo se logra instantáneamente! ¿No les parece á ustedes – añade dirigiéndose á los espectadores – que una rosa en mi ojal produciría el mejor efecto? Pues basta un golpe de varita sobre la semilla colocada en el sitio que se quiera, y aparece, como ustedes ven, la rosa. Coloquemos algunas semillas en esta cajita (A, fig. 1), que taparemos por un instante para que no se vea cómo nacen las flores... ¡Ya está! Destapemos la caja y ya tenemos violetas, miosotis y belloritas recién abiertas!

»Quizás alguno de ustedes desconfíe, y con razón, de la cajita de hoja de lata, y aún más de su tapadera. Pues bien; aquí tenemos una copa de cristal, perfectamente transparente, y un sombrero con el cual la cubro y que, por lo mismo que acaba de dármelo uno de ustedes, no puede haber sido objeto de ninguna preparación. Pero destapemos pronto la copa, porque las flores... Mas ¿qué es esto? ¡Cómo! ¿No hay flores? ¡Ah! Es que me había olvidado de sembrar las semillas. Volvamos, pues, á empezar. ¿Qué flores quieren ustedes? ¿Resedas, rosas, violetas? He aquí una semilla de cada clase que coloco en la copa. Ahora, que cada uno de ustedes me indique la flor que quiere. Tapo la copa, cuento tres segundos... y aquí tienen ustedes este magnífico ramillete (fig. 3).»

El juego terminará sacando del sombrero una porción de ramitos que el prestidigitador ofrece á las señoras.

La explicación es la siguiente:

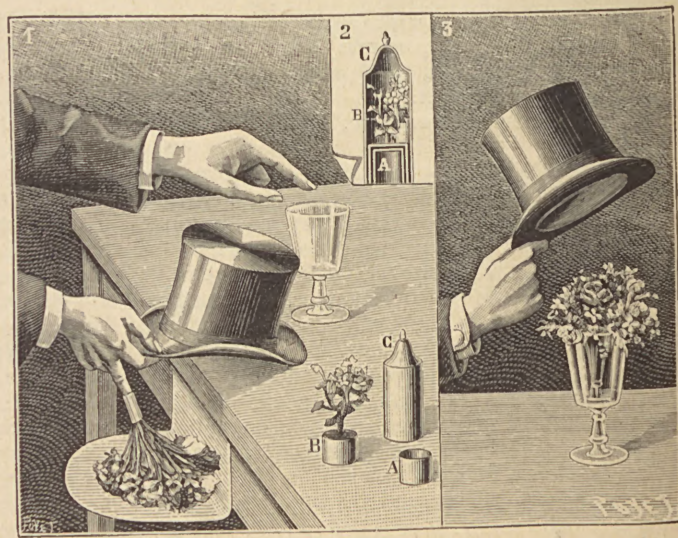
1.° *La rosa en el ojal.* Es una rosa artificial de muselina sin tallo y atravesada por un hilo fuerte de seda negra de 12 á 15 centímetros de largo, detenido por un nudo, y al que va unido otro hilo de caucho bastante fuerte, cuyo extremo libre, después de pasar por el ojal de la solapa izquierda del frac y otro ojal pequeño practicado debajo de aquél en el frac mismo, da la vuelta al pecho pasando por detrás de la espalda y termina en uno de los botones de la derecha de la pretina del pantalón, al cual se ata. Cuando el prestidigitador entra en escena, la rosa está colocada debajo de su espalda derecha, donde aquél la mantiene apretando un poco el brazo, en el momento preciso, levanta su varita hacia la derecha, fijando su mirada en la misma dirección á fin de desviar hacia ese lado la atención de los espectadores; pero al mismo tiempo separa un poco el brazo, y la rosa, atraída por el caucho en tensión, se coloca bruscamente en el ojal. El que no ha visto este juego, difícilmente podrá imaginarse el efecto mágico producido por la aparición instantánea de esta flor, venida no se sabe de dónde.

2.° *Las flores en la cajita.* Esta segunda aparición de flores, producida por medio del pequeño aparato que se ve en la figura 2, no tiene nada de misteriosa y sólo sirve para poner de relieve el experimento siguiente, en el cual, evidentemente, no cabe el doble fondo. Además, la diversidad de los medios empleados contribuye en alto grado á desorientar á los espectadores.

La figura 2 representa, cortadas en sección vertical, las tres piezas del pequeño aparato que aparecen sueltas en la mesa en la fig. 1: A es la caja cilíndrica de hoja de lata en la que se siembran las semillas; B otra caja de diámetro algo mayor y puesta boca abajo, con la cual se tapa la primera, á la que es en todo semejante. En el fondo de B hay un ramito de flores artificiales: apretando ligeramente por abajo la tapadera G, que es de latón delgado, se levanta la caja B con el ramo; si, por el contrario, se deja ésta sobre la mesa, los espectadores no advierten la sustitución operada y creen siempre ver la primera caja, de la que se figuran han salido las flores.

3.° *El ramillete en la copa.* Esta es la parte más interesante del experimento. Dejemos el discurso que muchos prestidigitadores reproducen invariablemente y en el cual se ensalzan las condiciones especiales de los sombreros cuyos dueños tienen la cabeza caliente y que son por esta circunstancia los más á propósito para servir de campanas con que tapar los melones, etc., etc.

Ya hemos dicho que se cubre una primera vez la copa con el sombrero y que el prestidigitador finge extrañeza al ver que las flores no han aparecido; pero en el instante mismo en que quita el sombrero y todas las miradas están fijas en la copa buscando el anunciado ramillete, el prestidigitador que tiene en la mano derecha el sombrero al parecer descuidadamente apoyado en el borde de la mesa, introduce rápidamente su dedo medio en un tubo de cartón



El nacimiento de las flores

adaptado al ramo previamente colocado en una mesita auxiliar (fig. 1), y levantando en seguida el dedo introduce las flores en el sombrero, teniendo cuidado – y este es un punto muy interesante – de no apartar la vista del vaso para fijarla furtivamente en el ramo,

como instintivamente se siente uno impulsado á hacerlo. Esta introducción del ramo debe hacerse en menos de un segundo, después de lo cual se mantiene el sombrero en el aire, mientras que con la mano izquierda se finge escoger en la caja de cartón semillas imaginarias que se van depositando en el vaso.

4.° *Los ramitos en el sombrero.* No hay que perder un momento: mientras se admira el ramillete y dura todavía la sorpresa de su aparición, el prestidigitador, aprovechando estas circunstancias favorables, introduce por el mismo procedimiento antes explicado un paquete de ramitos atados por un hilo poco resistente, que aquél romperá dentro del sombrero. No hemos dibujado estos ramitos en el grabado en que se ve la mesa auxiliar á fin de no complicar el juego representado. Ya se comprenderá que un prestidigitador hábil no se dará prisa por mostrar los ramitos, sino que se adelantará hacia el público como si, terminado el experimento, quisiera entregar el sombrero que le habían prestado. Luego, aparentando responder á una pregunta, dirá: «¿Usted desea flores, señora? ¿Y usted también? ¿Y usted y usted?... Entonces voy á vaciar en el sombrero el resto de las semillas maravillosas y veremos el resultado que éstas dan.»

Entonces es cuando la atención de los espectadores se despierta y cuando éstos abren los ojos para ver llegar las flores; pero entonces la trampa ya está hecha. Con lo cual queda demostrado que tratándose de prestidigitadores, cuando se les quiere vigilar ya es tarde.

MAGUS

(De *La Nature*)



LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

EL ARTE ESPAÑOL Y LA PRIMERA EXPOSICIÓN DE INDUSTRIAS ARTÍSTICAS, *por D. Antonio García Llansó*. – La circunstancia de tratarse de un querido compañero nuestro de redacción, no ha de ser óbice para que desde aquí recordemos los aplausos con que un público ilustrado y competentísimo, congregado en el *Círculo de Bellas Artes de Barcelona* el día 23 de enero del presente año, acogió la conferencia que, impresa hoy, forma el folleto que nos ocupa, y las alabanzas que la prensa de nuestra ciudad prodigó al Sr. García Llansó á raíz de la sesión en que fué dada dicha conferencia, aplausos y alabanzas bajo todos conceptos merecidos, porque en su trabajo demuestra una vez más el Sr. García Llansó su erudición y conocimientos artísticos, su buen espíritu crítico y su exquisito gusto en materia de bellas artes, cualidades avaloradas por el lenguaje elegante que campea en todo su discurso. – Este folleto véndese en las principales librerías al precio de 1 peseta.

UNA PORCIÓN DE COPLAS, *originales de Pablo Iñiguez*. – Colección de cantares sentidos, como todo lo que se inspira en la poesía popular de las hermosas regiones andaluzas. Forma un folleto impreso en Sevilla, imprenta de Resuche (conde de Benomar, 2), y que se vende al precio de 10 céntimos.

LOS COSACOS, *por el conde León Tolstoy*. – Hermosa novela: bien puede asegurarse que es una de las mejores producciones del autor de *La Sonata de Kreutzer*. ¡Qué páginas tan delicadas y tan sentidas! ¡Cómo ha estudiado el corazón humano el famoso novelista ruso! Los agradables ratos invertidos en la lectura de este libro los contaremos como los mejores que debemos á las literaturas extranjeras. – Precio, 3 pesetas.

ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA CRIMINAL, *por Enrique Ferri*. – El sabio publicista italiano nos ha dado en este nuevo libro gallarda muestra de su talento. ¿Quién podrá blasonar de conocer como Ferri la vida carcelaria? El estudio que le dedica es de primer orden. Sus consideraciones sobre el homicidio, sobre el asesinato y sobre el remordimiento son curiosísimas y abren nuevos horizontes á la ciencia penal. – Precio, 3 pesetas.

EL REY LEAR DE LA ESTEPA, *por Iván Turguenef*. – A semejanza de Shakespeare, ha pintado el maestro de los novelistas rusos en este libro el proceder de las hijas con el padre que, dejándose llevar por el cariño, les reparte su hacienda, confiando en que ellas no le serán ingratas cuando le vean pobre. El padre yerra; las hijas, enriquecidas, le olvidan, hasta tratarle como á un criado, peor que á un criado; pero llega un día fatal, y es de ver á la hija arrepentida gritando desconsolada: «¡Padre! ¡Padre!»

Esta obra, que como las tres anteriores forma parte de la Biblioteca de libros escogidos, véndese en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

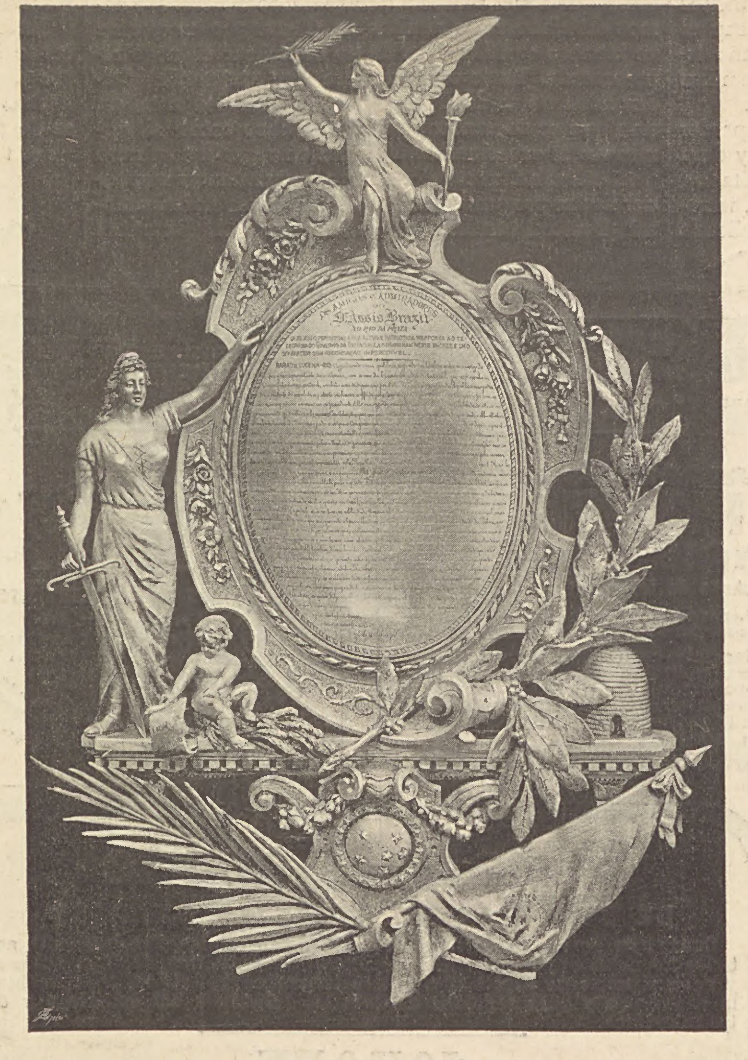
LA NUEVA CIENCIA JURÍDICA. – Los dos últimos números de esta revista contienen importantes artículos como *Los criminalistas españoles en el extranjero*, por Jerónimo Vida; *El contrato de trabajo y la legislación civil española*, por Adolfo A. Buylla; *El remordimiento en los delincuentes*, por Enrique Ferry; *La pena de muerte en la filosofía científica*, por M. Carnevale; *Los caracteres positivos del Estado*, por Adolfo Posada; *Ciencia política*, por M. Torres Campos; *El positivismo y el Derecho civil*, por R. Altamira; *Influencia de la orografía en la estatura*, por Lombroso; *El cura Merino*, por Salillas, y otros varios de general interés.

Se suscribe á esta Revista, que sólo cuesta 12 pesetas al año, en la Administración, Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid.

LAS INSTALACIONES DE ALUMBRADO ELÉCTRICO, *por G. Fournier y J. A. Montpellier, traducción de A. Hidalgo Mobellán*. – La importancia de esta obra queda demostrada con sólo decir que en el prólogo de D. José Echegaray, que encabeza la edición española, consigna el ilustre sabio español que es una de los mejores que se han publicado en lengua francesa. La traducción está esmeradamente hecha. El libro, en donde se trata minuciosamente y de una manera clara de todo cuanto con tan interesante materia se relaciona y que no vacilamos en recomendar á nuestros lectores, ha sido publicado por la casa editorial de D. Victoriano Suárez (Preciados, 48, Madrid), y se vende en las principales librerías al precio de 7 pesetas en Madrid y 8 en provincias.

LA ESPAÑA MODERNA. – Los dos últimos números de esta revista contienen trabajos de los primeros publicistas españoles y extranjeros. Descuellan por su mucha importancia una novela de Cherbuliez, titulada *Eduardo el Guapo*; las *Memorias íntimas de Enrique Heine*; la biografía del famoso dramaturgo Ibsen; el drama del mismo *Casa de Muñeca*; una novela de Turguenef; otra de Tolstoy, titulada *Iván el Imbécil*; *El salón de la emperatriz Josefina*, y otra porción de trabajos de Lotti, Bourget, Castelar, Fernández Duro, Villegas, Caro, etc., etc.

Se suscribe en la Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid.



Placa de bronce cincelado regalada al Sr. Dr. Assis Brazil, ejecutada en los talleres de los Sres. Gottuzzo y Terrarossa, de Buenos Aires

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN